







(18) 12

(22) 110 - 12

12 - 12

12 - 12

12 - 12



10

34 (311)

Vol 211 (his)  
No 234

Hecho Indice (Comedias,



VERDADES AMARGAS.

A Pao Mendon, su amigo  
Luis de Eguizar



Madrid 14 de enero de 1852.

*Examinada por el Señor Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.*

PÉREZ VENTO.

---

*La propiedad de esta comedia pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y las suyas.*

*Los corresponsales de los Sres. Gullon y Regoyos, editores de la galeria lírico-dramática EL TEATRO, son los encargados exclusivos de su venta y cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.*

# VERDADES AMARGAS,

COMEDIA

ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. LUIS DE EGUILAZ.

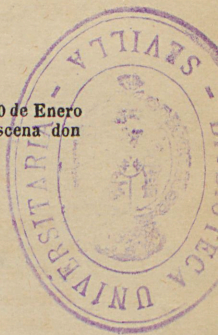
Representada con extraordinario éxito la noche del 20 de Enero  
de 1853 á beneficio del primer actor y director de escena don  
Joaquín Arjona.

**TERCERA EDICION.**

MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9

1855.





# TERREDES AMARGAS

COMEDIA

ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POB

DE LOS DE ECHIZABE

Representada con extraordinario éxito la noche del 20 de Mayo  
de 1822 por el primer actor y director de escena don  
Joaquín Arjona.

TERCERA EDICION

MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 2.

1822.

Al Sr. D. Eugenio de Ochoa,

POR DEBER, POR GRATITUD, POR CARIÑO,

Luis de Eguílaz.



PERSONAJES.

---

ACTORES.

---

MARGARITA.....	DOÑA TEODORA LAMADRID.
HORTENSIA.....	DOÑA MARIA RODRIGUEZ.
D. FELIX.....	D. JOAQUIN ARJONA.
D. FACUNDO.....	D. JOSÉ CALVO.
D. LUIS.....	D. MANUEL OSSORIO.
D. CARLOS.....	D. VICTORINO TAMAYO.
UN CRIADO.....	D. SANTOS NOMBELA.

---

El primer acto en Sevilla, los restantes en  
Madrid.



## ACTO PRIMERO.

---

Sala en casa de D. Felix: puerta al foro, por la que se ve el patio adornado al gusto de Sevilla; otra puerta á la izquierda del actor; un cierro de cristales á la derecha, cubierto con una cortina listada; cuadros de la escuela sevillana, entre los que habrá algunas copias de Murillo.

Un sofá, sillones, una mesa, sobre esta un espejo, rinconeras, un velador y otros adornos, todo un poco anticuado, es lo que constituye el mueblaje de la habitacion.

### ESCENA I.

D. FELIX, D. FACUNDO.

*(Aparecen sentados en primer término.)*

FELIX. ¿Con que al fin sin alborotos  
triunfa su candidatura?

FACUNDO. Por mayoría segura  
de mas de cincuenta votos.

FELIX. El asunto no va mal.

FACUNDO. A juzgar por esa muestra...

FELIX. ¡Ya, ya!



FACUNDO. La eleccion es nuestra.  
Negocio hecho. ¡Qué tal!

FELIX. ¡Las cuatro! (*Viendo el reloj.*)

FACUNDO. En esta ocasion,  
amigo, lo que ha de ser  
acaba de suceder.  
Se cerró la votacion.

FELIX. Mi ansiedad de punto crece.

FACUNDO. Mucho le interesa á usted.

FELIX. Ese jóven, ya usted ve  
que todo se lo merece.  
Entusiasta para hablar,  
patriota, buen abogado,  
va á ser todo un diputado,  
no un diputado vulgar.

FACUNDO. Pero el llevarlo á ese puesto,  
á que el genio le encamina,  
su casa de usted arruina.

FELIX. Pist...

FACUNDO. No me esplico bien esto.  
Con oro y buenos amaños  
hoy de la eleccion dispone.  
¿Por qué en su lugar le pone  
y no sale usted?...

FELIX. ¡Los años!...  
A mi edad... á nuestra edad,  
con un pié en el ataud...  
Deje usted á la juventud  
que adquiera celebridad.

FACUNDO. ¡Ah!... ya su idea concibo. (*Con malicia.*)  
¡Qué talentazo!

FELIX. Si, inmenso.

FACUNDO. Para el muchacho, el incienso,  
para usted, lo positivo.

FELIX. ¡Don Facundo! ..

FACUNDO. ¡Jé, jé, jé!  
Si conmigo no hay misterio!  
Para el chico, el ministerio,  
las contratas, para usted.  
Vamos... ¿le hago algun agravio?  
¿No se aspira?... (*¡Codicioso!*)  
¿Dije algo?...

- FELIX. ¡Qué malicioso!
- FACUNDO. Y usted, amigo, ¡qué sabio!
- FELIX. Escuche usted, don Facundo.
- FACUNDO. (Ya resuella por la herida.)
- FELIX. Aquel que se eleva, olvida...
- FACUNDO. ¿Al que le alza? (*Con su malicia habitual.*)
- FELIX. ¡A todo el mundo!
- FACUNDO. ¡Ya! ¡pero á usted!... ¡Eh! ¡qué tal!
- FELIX. A mí... puede que tambien.
- FACUNDO. Le conozco á usted muy bien.
- FELIX. Me conoce usted muy mal.
- FACUNDO. Si, si.
- FELIX. Como en la eleccion  
tanto paso ha dado usted,  
voíle á decir el por qué...
- FACUNDO. Vamos!
- FELIX. Nada en conclusion.  
Él es hijo de un amigo:  
está malo, y es mi intento  
ver si dándole un contento  
prestarle vida consigo.  
Soy tutor; es mi deber.  
El nada sabe.
- FACUNDO. No entiendo...
- FELIX. Si saliamos perdiendo,  
á qué hacerle padecer?  
En una cama postrado  
poco me costó ocultarle...
- FACUNDO. Vaya ¿y va usted á elevarle  
solo por ese cuidado?
- FELIX. Si.
- FACUNDO. Pues es usted cruel.  
¿Por eso á su hija lleva  
á la ruina?
- FELIX. Ella lo aprueba.
- FACUNDO. ¡Ah!... La casa usted con él!
- FELIX. Don Facun!... (*Reprimiéndose.*)
- FACUNDO. Ya en posicion,  
aunque no posee un cuarto,  
¿quién sabe? ¡Su ingenio es hartol!  
No es mala colocacion.
- FELIX. ¡Don Facundo!... Pero vamos,



ya que tanto le hecho andar,  
vaya usted á averiguar  
si perdimos ó triunfamos.  
Estoy con cierto cuidado...

FACUNDO. Pronto de dudas saldrá.

CRIADO. Don Carlos de Silva. (*Anunciando.*)

FELIX. ¡Ah!

(*Respirando con fuerza.*)

Que pase. Ya es diputado.

FACUNDO. ¿Cómo?

FELIX. Este le viene á ver

y mientras enfermo anduvo

nunca á visitarlo estuvo.

Es... su *amigo*.

FACUNDO. ¡Qué saber!

FELIX. ¡Eh!... ¡Si esto salta á la vista!

El sabe la novedad.

Es periodista...

FACUNDO. Verdad.

FELIX. (¡Periodista... periodista!... (*Meditando.*)

Luis diputado... ¡Qué afán!

Un periódico... ¿qué haré?)

Cuando entre, sálgase usté.

Me está aquí bullendo un plan...

FACUNDO. Ya ya...

## ESCENA II.

D. FELIX, D. FACUNDO.—D. CARLOS.

CARLOS. Señores?...

FELIX. ¡Amigo!

CARLOS. ¿Y Luis? Supe que está

mal, hoy mismo.

FELIX. Ahora saldrá.

Está mejor. (Si consigo...)

FACUNDO. Pues yo voy sin dilacion...

FELIX. Si.

FACUNDO. (¡Verno ministro! jé...

(*Ap. á D. Félix, y dándole una palmadita en el hombro.*)

Vamos, confíeseme usté

que tengo penetracion.  
 FELIX. Mucha. (*Con ironia.*)  
 FACUNDO. Jé...)  
 FELIX. Vuelva usted pronto.  
 FACUNDO. Si. Señores?... (¿Qué hablarán?  
 Un periodista... y un plan?...  
 O hay mácula ó soy yo tonto.) (*Váse.*)

### ESCENA III.

D. FELIX, D. CARLOS.

FELIX. Aguarde usted. (Este chico...  
 (*Hojea los periódicos.*)  
 aunque carece de nombre  
 es un hombre... sí, es mi hombre.  
 Veamos si con él me esplico.)  
 ¿Y *La Concordia*, va bien?  
 CARLOS. ¡Pist! Vive.  
 FELIX. ¿Sin resultados?  
 CARLOS. Periódicos afamados  
 en provincias no se ven.  
 FELIX. ¿Pues cómo? (Ya es mio.)  
 CARLOS. ¡Pche!  
 FELIX. Está bien escrito.  
 CARLOS. Si.  
 ¿Pero qué quiere usté? ¡Aquil...  
 ¡Si fuese allá!...  
 FELIX. (Te pillé.)  
 ¿Y dónde es allá?  
 CARLOS. En la corte.  
 Lo escrito aqui nada vale.  
 Es *provinciano*. (*Con amargura.*)  
 FELIX. ¿Aunque iguale?  
 CARLOS. Aunque supere. Allí el norte  
 de toda esperanza está.  
 FELIX. ¿Y usted, jóven de talento,  
 por qué no marcha al momento  
 con su periódico allá?  
 CARLOS. ¿Y?... (*Indicando dinero.*)  
 FELIX. ¿Pues tanto ha de costar?  
 CARLOS. ¿Si no tuviera yo apuros?



Con unos... doce mil duros  
se podria bandear.

Pero ¿quién me los dá á mí  
que ni vendido los valgo?

FELIX. ¿Y puede producir algo?

CARLOS. Eso... (¡Qué idea!) ¡Eso sí!

¡Lo que es hoy dia en España  
un periódico!.. ¡ya, ya!

(¡Si le pillo!) ¡Eso hoy está...

FELIX. (¡Niño! ¡piensa que me engaña!)

CARLOS. Llegado á constituir,  
nunca faltan suscripciones...  
y luego... siempre hay santones  
que le ayuden á vivir.

FELIX. Pues siendo así...

CARLOS. (Se clavó.)

FELIX. No es difícil que se hallara  
quien el dinero aprontara.

CARLOS. ¿Y quién?...

FELIX. Hombre... quizás yo.

CARLOS. ¡Ah!

FELIX. Produciendo el dinero... (Pausa.)

Me decido, sí señor.

CARLOS. ¿Y seré yo director?

(Con estremada alegría.)

FELIX. Director-gacetillero.

CARLOS. ¿Eso á mí!

FELIX. Es lo principal.

¿Se enoja porque la necia  
plebe al *suelto* desprecia?

¿Porque se le mira mal?

¿Piensa usted que le hago agravios  
al proponerle de veras

ser redactor de quimeras,  
de robos y... monos sabios?

Pues oiga usted. Ese hombre  
que desprecia el vulgo vano,

ese hombre tiene en su mano  
poder, fortuna, renombre.

Se le desprecia y humilla,  
mas este desprecio sale

de no mirar lo que vale

un suelto de gaceta.  
Genio, nobleza, dinero,  
tres poderes pueden ser;  
pero hay un cuarto poder,  
y ese es el gacetillero.  
Con su capricho por ley  
tiene ese hombre necesario  
desde el rincón de un diario  
todo el dominio de un rey.

CARLOS. ¡Já, já, já!

FELIX. Ría usted, ría.

CARLOS. ¿Pero es cierta esa pintura?

FELIX. ¿Usted sabe cómo cura  
la moderna homeopatía?

CARLOS. Eso...

FELIX. Lleva al ataúd  
al enfermo un mal horrible,  
y una dosis... *invisible*  
dá á aquel enfermo salud.  
De cierto veneno sé  
que un átomo solo, ardiente  
mata... en verdad lentamente;  
¡pero mata! ¿Entiende usted?  
Yo muy claro lo contemplo:  
¡nadie sube si él no ayuda!  
Por si tiene alguna duda  
voy á ponerle un ejemplo.  
Suponga usted que el *suellista*,  
y esto alguna vez sucede,  
tiene un amigo que es... puede  
suponerse que es artista.  
Un cantante... un escritor  
ansioso de nombre y fama,  
que ha hecho un magnífico drama...  
Lo segundo es lo mejor.  
Coge el manuscrito, ¡asedia!  
¡se rebaja! hasta es ruin!  
Y de esto, ¿qué saca al fin?  
que nadie oye su comedia.  
Sin embargo, ¡es todo un hombre!  
¡tiene la idea muy alta!  
Pero le falta... le falta...



lo que le falta es un nombre.  
Esto todo su plan trunca.  
Va á una empresa: esta muy vana,  
dice: «Vuelva usted mañana.»  
—Mañana en España es nunca.—  
Y vuelve... y vuelve otra vez,  
y pasan meses... ¡y años!  
y al fin le dan desengaños  
por su perdida altivez.  
Sale el drama de entre cien,  
y un empresario *erudito*  
le dice: «Está bien escrito...»  
—El copiante escribe bien.—  
«Dé usted por ahí una vuelta  
y se hará el repartimiento.»  
Y vuelve una vez... ¡y ciento!  
«La empresa no está resuelta.»  
Ya de seguirle me canso  
en sus penas y aflicciones,  
rodando por los rincones  
de algun salon de descanso.  
Allí el pobre se entretiene  
con su mundo imaginario  
aguardando al empresario...  
y el empresario no viene.  
Así el infeliz vejeta,  
mientras en los corredores  
boleros y avisadores  
se rien del gran poeta,  
que pasan y allí le ven  
¡hay cosa mas divertida?  
con la cara compungida,  
una noche... y veinte, y cien!  
Y ese pobre ganapan,  
que se humilla, tiene vena  
y ha de sostener la escena,  
y un dia les dará el pan  
con su genio!—Mas perdon  
si al pensar en tanta mengua  
dí rienda suelta á la lengua.—  
Vamos á la conclusion.  
Cansarle ya mas no quiero

con mi plática indiscreta.  
Supongamos que el poeta  
conoce á un gacetillero.  
Entrando en cuentas consigo,  
casi muerto, dice un día:  
«Fulano escribe en... *La Arpia*:  
es buen muchacho y mi amigo.»  
Va á buscarle; e por b  
le cuenta su trance fiero,  
y dice el gacetillero:  
«Chico, yo lo arreglaré.»

CARLOS. Pist! proteccion fuera esa  
de que yo no me fiara.

FELIX. Pues vea usted una cosa rara,  
siempre cumple su promesa.  
Las manos los dos se dan,  
y en aquella misma noche,  
á propósito de... un coche  
que atropelló á un sacristan,  
cita dos versos del drama,  
estos ú otros diferentes:  
«¡Que tantos inconvenientes  
ha de hallar siempre quien ama!»  
Serán recursos perversos;  
mas si bien se considera,  
el lector, quiera ó no quiera  
lee el título y dos versos,  
porque á su vista se ponen,  
y esclama al verlos quizás:  
«¡Jé, jé, jé! ¡un dramita más!  
¡Cuántos dramas se componen!»  
Al día siguiente vé  
la siguiente nota ya:  
«En el teatro de A  
se ha entregado el drama B.  
Esclentes versos tiene  
y escenas de sentimiento;  
que es un jóven de talento  
su autor don N. de N.»  
A los cuatro días, todos  
los periódicos admiten  
la noticia, la repiten



y comentan de mil modos.  
«Mal con el arte se aviene  
que á mezquinas traducciones  
se pospongan producciones  
como el drama de don N.  
¡Siempre veneno y pistola!»  
escribe el genio indigesto.  
Y hay ya quien dice: «¿Qué es esto?»  
Y hay ya quien esclama: «¡Hola!»  
Pues de esta curiosidad  
conocerá usted de sobra  
que va adquiriendo la obra  
cierta... popularidad.  
No ha pasado la decena,  
y ya *La Arpia* contiene:  
«El gran drama de don N.  
se vá á poner en escena.»  
La empresa, que es *roma*, ya  
de entrada ve algun preludio,  
y anuncia: «Se halla en estudio  
el drama nuevo B. ó A.»  
«Ayer se leyó en tal parte...»  
otra arma *La Arpia* esgrime,  
«tal obra, es la mas sublime  
gran aspiracion del arte.  
La escena en que cae el rayo  
nos hizo llorar.» Y fiel  
á su voz, dice el cartel:  
«La obra cuál está en ensayo.»  
«Se dice...—escribe *La Arpia*,—  
que se ha de estrenar el treinta.»  
Y el cartel: «Hay ya de venta  
palcos en contaduria.»  
En los sueltos está el quid:  
yo lo aseguro, y me fundo  
en que algo conozco al mundo  
y mas que al mundo á Madrid,  
Como el drama es bueno, peta,  
y á la octava maravilla  
lo iguala la gacetilla.  
Ya es hombre nuestro poeta.  
Ya alza la frente altanero

libre de humillante traba.  
El nombre que le faltaba  
se lo dió el gacetillero.  
Y el empresario inhumano  
y los que á la empresa cercan,  
para hablarle se le acercan  
con el sombrero en la mano.  
Ganoso de gloria y fama  
iergue el encorvado talle  
cuando esclaman por la calle:  
«¡Ese es el autor del drama!»  
Y al ver esta maravilla  
y aquel prodigio de ingenio,  
dicen todos: «¡Genio! ¡genio!»  
¡Gacetilla!... ¡gacetilla!  
Ella sola en nuestra edad  
de dar renombre se encarga.  
Es una verdad amarga,  
pero es una gran verdad!

CARLOS. Si, muy grande, caballero.

FELIX. Conozco el mundo y lo fio.  
Ahora bien, amigo mio,  
¿será usted gacetillero?  
Un cetro le ofrezco: el modo  
se lo ocabo de esplicar.  
¿Desea usted dominar  
ciencias, política, todo?  
Pues bien, coja usted la pluma;  
nada mas es necesario:  
desde el rincon de un diario  
al mundo entero se abruma.

CARLOS. Acepto.

FELIX. Entre las *esópicas*  
fábulas que ha de inventar,  
necias siempre, al redactar  
novedades... *microscópicas*,  
abordará frente á frente  
todas las cuestiones.

CARLOS. Si!

FELIX. Y se alzaré usted allí  
oscuro... pero potente!

CARLOS. ¡Si, si!



FELIX.                      Luego el humillado  
podrá á su vez humillar,  
y altanero despreciar  
á los que le han despreciado.

CARLOS. Negocio hecho.

FELIX. (¡Pues no!)  
Hay condicion. Un momento.

CARLOS. En todo, en todo consiento.

FELIX. (Asi lo esperaba yo.)  
Habrá que elevar á alguno  
que no es escritor. El modo  
ya espliqué.

CARLOS. Consiento en todo.

FELIX. ¿Sin reparo?

CARLOS. Sin ninguno.

FELIX. Es un jóven diputado  
de esperanzas...

CARLOS. ¡Ya!  
(Como el que oye una cosa sabida.)

FELIX. Novel;  
mas llamado á hacer papel.  
En el que habremos fundado,  
ni por rara maravilla  
un dia se ha de pasar  
sin á su gloria aplicar  
mis planes de gacetilla.  
Que todos sepan quién es,  
que brille, que se le nombre,  
que adquiera en fin un renombre,  
y ya veremos despues.  
Voy el dinero á contar.

CARLOS. (Al fin camino á mi centro.)

FELIX. Luego búsqüeme allá dentro,  
que aun hay mucho que arreglar.  
A Luis sin mas detencion  
avisaré su llegada;  
mas no le diga usted nada  
relativo á su eleccion.

CARLOS. ¡Cómo! ¿Es él? (*Con fingida admiracion.*)

FELIX. ¡Pues ya se vé! (*Con maligna*

CARLOS. ¿Con que es Luis el elegido? (sonrisa.)

FELIX. ¿No lo habia presumido?

¡Oh! ¡Qué inocente es usted! (*Váse.*)

## ESCENA IV.

D. CARLOS.

¡Ya soy hombre! ¡En un periódico  
de la corte! ¡Qué fortuna!  
El artículo de fondo...  
es gran cosa! ¿Y á quién gusta?  
¿Quién lo lee? El que lo escribe.  
Verdad palpable aunque dura.  
¡La gacetilla!... ¡Oh! ya eso...  
eso ya de especie muda.  
La leen todos: en ella  
cualquiera opinion se funda.  
¡Ya soy hombre! A Luis cogido  
subiré como la espuma.

(*Al ver salir á Luis, se dirige á él con estremada solitud. Luis sale por la derecha muy abatido.*)

## ESCENA V.

CARLOS. — LUIS.

LUIS. ¡Oh Carlos!...

CARLOS. ¡Amigo mio!  
¿Cómo estás? te encuentro pálido.

LUIS. Ya estoy mejor.

CARLOS. No, no, siéntate: (*Con solitud.*)  
aquí. ¡Los aires colados!...  
Dispensa si no he venido  
hasta hoy á verte, ignorando  
tu enfermedad.

LUIS. ¡Eh! tú siempre  
conmigo estás dispensado.

CARLOS. Eso no, Luis: los amigos  
servimos para estos casos.  
Hasta que á la calle salgas  
ya de esta casa no salgo.



Aquí te aburres... y...

LUIS. Si.

CARLOS. Ese es tu mal.

LUIS. Ese, Carlos.

CARLOS. Ya te entiendo. No hacer nada  
¡y con veinticinco años!

LUIS. Y debiendo aquí favores  
que ni con mi sangre pago.  
Soy pobre y todo me sobra:  
Don Félix me ha hecho abogado,  
y hora que al ver mi impotencia  
caí mortalmente malo,  
ni él ni su hija una noche  
al sueño se han entregado.  
Esto y mas estoy debiendo;  
yo no sé cómo pagarlo.

CARLOS. Te comprendo. Chico, yo  
nada soy, muy poco valgo.  
Ahí tengo un periodicucho  
que es mío y solo redacto.  
Con franqueza... ¿quieres tú  
ayudarme y que partamos?

LUIS. ¡Carlos!

CARLOS. (Te pillé.) No, nada.  
Entre amigos... ¡Eh! ¡qué diablos!  
Ya sé que estás aburrido  
y es mi deber...

LUIS. ¡Pero, Carlos!...

CARLOS. ¡Entre amigos!... el que puede  
debe al otro dar la mano.

LUIS. ¡Qué abnegación! Ya lo veo:  
la amistad no es nombre vano.

CARLOS. (¡Qué pronto engañé á este pobre!)

LUIS. (¡Qué alma tiene este muchacho!)

## ESCENA VI.

LUIS, CARLOS.—MARGARITA.

MARG. ¡Don Carlos!

CARLOS. ¡Oh!

(Saludando.)

MARG.

Mi papá

(Id.)

espera á usted en su cuarto.  
CARLOS. Voy al momento. Hasta luego.  
Con que en lo dicho quedamos. (*Váse.*)

## ESCENA VII.

LUIS, MARGARITA.

MARG. ¿Qué tal, te encuentras mejor?  
LUIS. Como siempre que te hablo.  
MARG. Vaya, no se altere usted:  
señor enfermo, cuidado.  
No va mal ese semblante.  
LUIS. ¿Puede haber mal á tu lado?  
MARG. ¿Galanteria?  
LUIS. Pasion.  
MARG. ¿De veras?  
LUIS. ¿Puedes dudarle?  
MARG. Qué sé yo?  
LUIS. ¡Siendo tan bella!  
¡Siendo tan divina!  
MARG. Vamos.  
¿Quién me lo fia?  
LUIS. Un espejo.  
MARG. ¡Ay, el cristal miente tanto!  
LUIS. Miráte en mi corazon.  
MARG. ¿Estoy, pues, alli?  
LUIS. Incendiando.  
MARG. ¿De veras?  
LUIS. ¡Oh! ¡Dios lo sabe!  
MARG. Señor enfermo... cuidado.  
LUIS. Sin los tuyos, ¿viviria?  
Mira si estaré adorando  
y si podrás en mi alma  
ver tu divino retrato.  
MARG. ¡Eh, no hables mas de esas cosas!  
LUIS. No?..  
MARG. ¿Lo merecen acaso?  
Si fija á tu cabecera  
constantemente he velado,  
¿no sabes, Luis, el motivo  
porque contenta lo hago?



- LUIS. ¿Con que me quieres?
- MARG. ¿Pues no?
- LUIS. Y tanta gloria alcanzando  
nunca he de poder ¡Dios mio!  
completarla con su mano?
- MARG. ¿Y por qué?
- LUIS. Mi posicion...
- MARG. Jóven, instruido, honrado...  
No sé qué te falta.
- LUIS. ¡Ah!  
Me falta hacienda.
- MARG. ¡Luis! vamos,  
estás con la calentura  
y otra vez ya delirando.  
¿Papá no te mira á tí  
como á un hijo?
- LUIS. Demasiado.
- MARG. Si mi mano le pidieses,  
¿te la negaria acaso?
- LUIS. No.
- MARG. Pues entonces...
- LUIS. Entonces...  
no la pediria.
- MARG. ¿Amando?
- LUIS. Amando mucho. Los bienes  
de que siempre me ha colmado  
no merecen, Margarita,  
que yo le diera ese pago.  
Para ser digno de tí  
estoy, bien mio, muy bajo;  
y, ó no serás nunca mia  
ó subiré yo muy alto.
- MARG. ¡Cielos!
- LUIS. Si; para pedir  
al que todo me lo ha dado  
su hija, que merece mucho,  
y es su vida, y es su encanto,  
una posicion me falta.
- MARG. ¡Luis!
- LUIS. Por eso he estado malo.
- MARG. Yo te quiero á tí por tí.
- LUIS. ¡Margarita! (*Tomándole una mano.*)

MARG.

¡Ea, ánimo!

Si no... me pido yo misma  
y hemos salido del paso.

## ESCENA VIII.

MARGARITA, LUIS.—D. FELIX, CARLOS. *D. Felix y Carlos aparecen en el foro, yéndose el segundo en seguida que oye el primer verso. Luis y Margarita se separan rápidamente. D. Felix se adelanta poco á poco contemplándolos y sonriendo. Ellos lo miran y bajan los ojos al encontrarse con sus miradas.*

FELIX. Vuelva usted pronto (y silencio).

¡Hola, enfermo, ¿qué tal vamos?

LUIS. (¡Ah!) Mejor. *(Turbado.)*

FELIX. Ya se conoce.

*(Con afectuosa malicia.)*

LUIS. *(Sospecha...)*

FELIX. *(¡Pobres muchachos!)*

¿Qué tienes, hombre?

LUIS. Yo... nada.

MARG. Es que...

FELIX. ¿También tú? Veamos.

MARG. Es, papá... que Luis me quiere.

*(Turbada al principio; con resolucion despues.)*

FELIX. Bien, eso...

MARG. Y que yo le amo.

FELIX. ¡Hombre! ¿Quién lo creeria!

¡Los dos disimulais tanto!

Pero eso al fin no es motivo  
para estar tan cabizbajos.

LUIS. *(¡Cuánta bondad!)*

MARG. Con que tú...

no repruebas... *(Muy alegre.)*

FELIX. Al contrario.

Mas estar triste...

MARG. Es porque... *(Mirando al  
(suelo.)*

teme pedirte mi mano. *(Resueltamente.)*

FELIX. ¡Ah! ¿Lo teme? Bien.



- MARG. Y yo  
de hacerlo por él me encargo.
- FELIX. ¿Oficialmente?
- MARG. Si.
- FELIX. Si?
- Pues... la niego.
- MARG. ¡Ah!
- LUIS. ¡Cielo santo!
- FELIX. Sí es que lo desea mucho,  
después que yo le haya hablado  
bien puedo volverme atrás.
- MARG. ¡Es decir!...
- FELIX. Que lo aplazamos  
para cuando tú nos dejes.
- MARG. y LUIS. Pero...
- FELIX. Sé demasiado  
que tu presencia pudiera  
hacerle aceptar acaso  
condiciones que tal vez  
no admita de tí lejano.
- MARG. ¡Oh! Luis todas las acepta.
- LUIS. ¿Cómo pudieras dudarle?
- FELIX. ¡Pobres niños!
- MARG. ¡Pues adios!  
Hablen ustedes despacio.  
(Acariciando á D. Félix.)
- LUIS. ¡Qué felicidad!
- MARG. ¡Qué dicha!  
Señor enfermo... cuidado. (Desde la puerta.)

## ESCENA IX.

LUIS, D. FELIX.

- FELIX. Arrima esa silla acá;  
siéntate y escucha atento.
- LUIS. Diga usted.
- FELIX. Es largo el cuento.  
Calma, pues de cuento va.  
Amigo de tu buen padre  
te me fió al espirar:  
¿pudieras, Luis, encontrar

LUIS.           tutor que mejor te cuadre?  
¡Señor!

FELIX.          Ni aun dejó Rivero  
caudal con que te educara...

(*Luis hace un movimiento.*)

No es esto echártelo en cara,  
si no probar que te quiero.  
De niño tuvete al lado  
como á un hijo, hasta en el nombre;  
luego, viéndote hecho hombre,  
una carrera te he dado.

LUIS.          Mi gratitud...

FELIX.          Déjala.

Eres hijo de mi amigo  
y sabes por qué lo digo.  
Calma, pues de cuento va.  
Sondando tu corazón,  
que siempre en los labios pones,  
vi entre todas tus pasiones  
dominando la ambicion.

—Calma, repito!—Inquirir

(*A otro movimiento de Luis.*)

sin corregir no es afecto:  
corregir quise en efecto  
y no logré corregir.  
No pudiendo el mal cortar  
debí darle direccion:  
noble campo á esa ambicion  
restábame solo hallar.  
Pon en las manos el alma  
y dí si me equivoqué.

LUIS.          Yo, señor...

FELIX.          Bien: ya lo sé.

Si ambicionas, oye, y calma.  
Con paciencia, astucia, amaños,  
voluntad y fingimiento,  
llega un hombre de talento  
á ministro en veinte años.  
Por mí, empecé á los cuarenta,  
seguí con ardiente brio,  
y si aun quisiera, hijo mio,  
gobernara á los sesenta.



LUIS. Con que querer?...

FELIX. Es poder.

LUIS. Nada hay que me ponga espanto.

¿Y para llegar á tanto,  
qué es lo que se debe hacer?

FELIX. Lo primero ambicionar.

LUIS. Para Margarita un mundo.

FELIX. Lo segundo... lo segundo  
es muy largo de contar.  
Un día, de calma hastiado,  
dije: «fuera vida ociosa!  
Hagámonos... cualquier cosa...  
hagámonos diputado.»

Y con mi ambicion, demente  
al tocar ese registro,  
soñaba con ser ministro,  
¡y ministro presidentel  
Hoy se cumplen doce años  
desde que empecé ese plan  
de que alejándome van  
achagues y desengaños.

LUIS. ¿Mas se logra?

FELIX. El que se empeña

logra siempre lo que fragua,  
porque ¡una gota de agua,  
agujerea una peña!

LUIS. Es cierto.

FELIX. ¿No lo ha de ser?

Ahora, pues es tu destino,  
voy á enseñarte el camino  
porque se llega al poder.

Lo primero y principal  
que tienes que conseguir,  
es llegarte á introducir  
en la junta electoral.

El primer año, seguro,  
ninguno repara en tí;  
el segundo, así, así;  
el tercero, ¡te lo juro!  
en pago á tantos sudores  
como ya te habrá costado,  
tú eliges el diputado,

no los pobres electores.  
¡Que fuiste, tras de vocal,  
secretario inteligente,  
y, lo que es mas, presidente  
de la junta electoral!  
Alli tus discursos bellos  
te hacen de todos amigo,  
y cuando piensan contigo  
piensan que piensas con ellos.  
Prosigues haciendo el bú,  
ya intrigando, ya influyendo,  
y eligiendo... y eligiendo...  
hasta que te eliges tú.

LUIS. Oh!...

FELIX. ¡Tantos lo han hecho ya!

LUIS. Y eso una vez conseguido  
se brilla, se es aplaudido.

FELIX. Oye, que de cuento va.  
El que así logró subir  
á tan elevada esfera  
debe pillar la cartera.

LUIS. ¿Y cómo? ..

FELIX. Lo vas á oír.

Como sucede en el día,  
en el Congreso al entrar  
por precision has de hallar  
mayoria y minoria.

Pero, como en cualesquiera,  
hay en las Cortes presentes  
diputados disidentes  
sin jefes y sin bandera.

El que ambiciona, en el acto  
debe, sin mirar partidos,  
de estos miembros divididos  
formar un cuerpo compacto.

Cuesta mucho: mas firmeza;  
lo difícil no te asombre.

Despues se busca un buen hombre  
y se pone á la cabeza.

—¡Que sea viejo!—Consejero  
eres suyo, aunque invisible,  
y él es el jefe ostensible



y tú el jefe verdadero.  
Así, envuelto en el misterio,  
con puesto firme y seguro,  
en viéndole en un apuro  
guerra á muerte al ministerio.  
Cuando llegue una cuestion  
en que maten las derrotas,  
con la minoria votas  
y ganais la votacion.  
Entonces fácil encuentro  
que prefiera gente cuerda  
á la bulliciosa izquierda  
el sesudo y grave centro;  
y entre ruinas y escombros  
se eleve al fin tu *hombre-nombre*:  
en tal caso, si eres hombre,  
encarámate en sus hombros.

LUIS. ¡Si! por medios tan estraños  
una vez en el Congreso...

FELIX. Qué es menester para eso?  
LUIS. Mucha calma y muchos años.

FELIX. ¡Oh!...

FELIX. Al oirlo decir  
te figuraste quizás,  
hijo, que no habia mas  
que llegar y conseguir?  
Talento y habilidad,  
solo triunfan á la larga.  
Es una verdad amarga,  
pero es una gran verdad.

LUIS. ¡A la larga!... Si la vida  
no fuera tan corta...

FELIX. Fuera  
peor.

LUIS. ¡Mas se consiguiera  
gozar la gloria adquirida!  
Trabaje usted veinte años  
sobre mi edad. ¿A qué edad  
gozaré celebridad?

FELIX. A la de los desengaños.  
¡Cuarenta y cinco! Ve ahí  
una edad desesperada...

LUIS. A esa edad, pues...

FELIX. Aquí nada... (*Por el corazon.*)

LUIS. ¿No?...

FELIX. Porque todo está aquí. (*Por la cabeza.*)

Ya ves, juzgo por mí mismo.

¿Al llegar á la victoria  
piensas alcanzar la gloria?...

Gloria!... Si!... positivismo. (*Con amargura.*)

De modo que al conseguir  
no eres capaz de apreciar  
y el frio te empieza á helar.  
Ahora bien, ¿quieres subir?

LUIS. Con ánsia.

FELIX. A pesar de ver...

LUIS. Lo quiero á pesar de todo.

FELIX. Te conocia De modo...

LUIS. Qué estoy resuelto á emprender.

FELIX. Para malgastar tus años  
tras una sombra corriendo,  
y alcanzar cuando muriendo  
estés ya de desengaños!  
Bien: ya tú me lo dirás (*Mudando de tono.*)  
si esto llega á suceder.  
Tú ambicionas?...

LUIS. El poder.

FELIX. Si lo ansías, lo tendrás.

Eso no me maravilla,  
ya adiviné lo que quieres.  
Por eso á esta fecha eres  
diputado por Sevilla.

LUIS. ¡Yo!!!

FELIX. Si. Vas por el atajo: (*Con frialdad.*)  
mandarás joven.

LUIS. ¿Qué escucho!

FELIX. Que yo he trabajado mucho  
y hoy te cedo mi trabajo.  
Sosiégate: reflexion,  
frialdad; si quieres ser  
buen ministro, has de tener  
nieve en vez de corazon.  
Este y la ambicion no van  
por unas mismas veredas:



mátatele como puedas.  
¿De que sirve? ¡Necio afán!  
Una vez bien amarrado  
¡se goza!... ¡Sentir! ¿A qué?  
El que siente siempre fué  
en la tierra desgraciado.

LUIS. ¡Gracias, gracias!

FELIX. No las des.

Te hago mucho daño así.  
Mas si has de morirte aquí,  
vete... y veremos despues.

LUIS. ¡Diputado!... ¿Y Margarita?  
¿Podré ahora esperar?...

FELIX. Segun.

(Se acuerda aunque tarde.) Aun  
es jóven... y necesita  
para casarse el teatro  
de este mundo conocer.  
Ya te podré responder  
de aquí á tres años ó cuatro.

## ESCENA X.

DICHOS.—CARLOS, D. FACUNDO.

CARLOS. ¿Con que diputado él?  
(*A D. Facundo en el foro.*)

FACUNDO. (Mayoría.) (*A D. Félix.*)

FELIX. (Bien.)

CARLOS. ¡Amigo! (*A Luis.*)

FELIX. (He aquí un chico que promete.)

FACUNDO. Reciba usted mi cumplido  
parabien.

LUIS. Gracias.

CARLOS. Los dos  
saldremos un día mismo.  
Yo tambien voy á la corte.

LUIS. ¿Tú tambien?

FACUNDO. ¿Usté? (Aquí hay lio.)

CARLOS. Me llaman para un periódico.

FACUNDO. ¡Hola! ¡hola! ¿Periodiquito? (*A D. Félix.*)

- FELIX. No sé.
- FACUNDO. ¡Inocente! (Aqui hay plan.)  
Carlos, me alegro muchísimo.
- CARLOS. Tantísimas... Si es que en algo  
puedo...
- FACUNDO. Digo á usted lo mismo.
- FELIX. ¡Así me gusta! Los jóvenes  
deben abrirse camino.
- FACUNDO. (¿Te gusta? ¿Eh? ¡Ah! ¡La Bolsa!... (Medi-  
Estos chicos... estos chicos...) (tando.)  
Hombre, pues quizá me anime (Con rapidez.)  
y haga tambien un viajillo.
- FELIX. ¿Si?
- FACUNDO. Tengo yo acá unos planes...  
(Como usted.
- FELIX. ¡Oh! ¡si! los míos...
- FACUNDO. ¿Cuáles! (Con estremada curiosidad.)
- FELIX. Estarme en Sevilla.
- FACUNDO. Pues, y ellos allá...
- FELIX. Esactísimo.
- FACUNDO. Usted manda un periodista  
y un aprendiz de ministro.  
¿Hay proyectos financieros?
- FELIX. Si.
- FACUNDO. Ya estaba acá.  
(Llevándose la mano á la frente.)
- FELIX. ¡Qué pillo! (Con sarcasmo.)
- FACUNDO. ¿Y usted?...
- CARLOS. Pero mira, Luis,  
que no seamos motivo  
á detenerte. En la sala  
te esperan varios amigos  
que han sabido tu eleccion...
- FELIX. Aun tiene que hablar conmigo.  
Háganme ustedes el gusto  
de en su nonibre recibirlos,  
que irá pronto.
- LUIS. Si, que esperen. (Con natu-  
FELIX. (¡Ya dice que esperen! ¡Lindo!) (ralidad.)
- CARLOS. Pues hasta luego.
- FACUNDO. Hasta luego.  
(Este viejo es un prodigio.)



## ESCENA XI.

D. FELIX, LUIS.

- FELIX. ¿Y cómo te sientes?  
LUIS. Bueno.  
Ya soy otro, ya respiro.  
FELIX. Bien.  
LUIS. A usted lo debo todo.  
FELIX. Y á tí. Pues como decíamos...  
Margarita...  
LUIS. ¡Ah! ¡Margarita!...  
(¿Cómo la he puesto en olvido?)  
FELIX. Es muy niña. Yo quisiera,  
y de tu afecto lo exijo,  
que la digas que te he espuesto  
muy poderosos motivos  
para dilatar un poco...  
LUIS. Pero...  
FELIX. Apelo á tu cariño.  
LUIS. Haré cuanto usted me mande.  
FELIX. ¡Margarita! Gracias, hijo. (*Llamando.*)  
¡Margarita!...

## ESCENA XII.

DICHOS.—MARGARITA.

- MARG. Aquí estoy yo. (*Muy alegre.*)  
FELIX. (¡Pobrecilla!)  
MARG. ¿Y bien?  
LUIS. (¡Dios mío!)  
MARG. ¿Qué hay?  
LUIS. Que... (*Turbado.*)  
FELIX. Que se nos marcha.  
MARG. ¡Cómo! (*Como herida de un rayo.*)  
LUIS. Te diré...  
FELIX. Ha salido  
diputado.

- MARG. ¡Diputado!  
FELIX. Y se aleja de estos sitios  
LUIS. La patria...  
FELIX. (¡Ya está en sus labios!)
- MARG. ¡Y te vas!  
LUIS. Con tal motivo...  
Pronto volveré.
- FELIX. De aqui  
á tres años.  
MARG. ¡Oh Dios mio!  
¡No me ama!
- FELIX. ¡Margarita!  
LUIS. ¡Oh! (¡Qué cruel sacrificio!)  
Te adoro y renuncio...
- FELIX. ¡Luis!  
¿Es eso lo prometido?  
MARG. ¿Con que tú le obligas?...  
FELIX. ¡Yo!  
(¡Me faltaba este martirio!) (Con dolor y  
¡Yo, si! Mas ve, que te esperan. (sorpresa.)  
Es asunto concluido.
- LUIS. ¡Don Felix!  
MARG. ¡Padre!  
FELIX. (¡Firmeza!)  
Despues te daré, hijo mio,  
planes de gobierno, cartas,  
en fin, cuanto te es preciso.  
Tengo alli gran influencia  
por un verdadero amigo,  
que debiéndome la vida  
no es ingrato á mi servicio.  
Tengo á mi sobrina Hortensia,  
viuda opulenta de un título,  
la que podrá introducirte  
en todos los altos círculos.  
Tengo... Pero ya hablaremos:  
ahora á recibir cumplidos.
- MARG. ¿Mas qué obsta el ser diputado?  
¿Quién nos impide seguirlo?
- FELIX. ¡Yo!
- MARG. y LUIS. ¡Ah!
- FELIX. ¡Vaya usted, que esperan



y no es justo, señor mio!  
(*Al marcharse Luis, Margarita le sigue con la vista, él vuelve la cabeza y ella le dirige miradas suplicantes. D. Félix se interpone entre ellos y hace marchar á Luis.*)

### ESCENA XIII.

MARGARITA, D. FELIX.

MARG. ¡Padre! (*Transida de dolor.*)

FELIX. ¡Calla! que me matas.

MARG. ¿Te conmueves? ¿Por qué es esto?

FELIX. Porque el Señor lo ha dispuesto.

MARG. ¡Es pobre!

FELIX. ¡Qué mal me tratas!

MARG. ¿Me quieres?

FELIX. ¡Que si te quiero!

¡Calla! que me falta fuerza;

y harás que mi intento tuerza,

y harás tu mal venidero.

MARG. ¿Quién te hace así proceder?

¿Qué te obliga?

FELIX. Desengaños.

Tú tienes muy pocos años,

no me vas á comprender.

MARG. ¡Habla!

FELIX. Tu Luis va á subir...

MARG. Si.

FELIX. ¿Por qué de esto me encargas?

Son verdades tan amargas

que no las quiero decir.

MARG. ¡Habla!

FELIX. Es cosa muy cruel.

Tú juzgas el mundo bueno,

y así derramo en tu seno,

pobre niña, mucha hiel.

Después que me hayas oído,

si entiendes mis espresiones,

las mas caras ilusiones

de tu pecho habrán huido.

¡Calla... por última vez!

que si no escuchas mi ruego,  
echaré en tu infantil fuego  
el hielo de mi vejez.

MARG. ¡Habla!

FELIX. Tu Luis va á subir;  
y en posicion elevada  
no se acordará de nada.

MARG. ¡Ah, no! ¿Qué vas á decir?  
Es bueno.

FELIX. Tiene ambicion,  
y aunque yo al mejor lo igualo,  
el hálito de lo malo  
pudrirá su corazon.  
Si no le hubiera subido,  
nunca se hubiera elevado;  
pero yo no he vacilado  
entre su muerte y su olvido.  
Si tú desees que aqui  
se quede siempre...

MARG. ¡Qué escucho!

FELIX. Dímelo. El te quiere mucho,  
no se apartará de tí.

MARG. ¡Oh! ¡gracias, gracias! Creía  
verlo de mi amor ausente,  
y que este riesgo inminente  
remedio ya no tenia.  
Que se quede, padre; yo  
le amaré mas que á mi vida;  
y tú verás cómo olvida  
esas ambiciones.

FELIX. No.

Ese mal de la ambicion  
que hace al alma tanto daño,  
curarálo un desengaño,  
pero nunca una pasion.  
Marcha por sendas andadas,  
va siempre con pasos fijos,  
para él no hay padres, ni hijos,  
ni hay hermanos, ni hay amadas.  
Siempre con afan creciente  
siempre con furia incesante,  
en cuanto mira delante



ve solo un inconveniente.  
Brillar, vivir de este modo  
y ceñirse una corona...

esto para el que ambiciona  
es amor, es dicha, es todo.

MARG. ¡Que viva! ¡que goce! sí,  
aunque me haga padecer;  
mas yo no puedo creer  
que nunca me olvide á mí.

FELIX. Margarita, la pasion  
que tu alma divina siente,  
reprime hora que es naciente,  
mata esa hermosa ilusion.  
Yo tambien sentí mi pecho  
á la ambicion paso abrir:  
yo tambien pude subir...  
¿Sabes por qué no lo he hecho?  
Fué porque me conocí;  
por no ser á nadie infiel;  
porque como dudo de él  
dudaba entonces de mí.

¡Perdon! sé que te incomodo;  
pero, hija mia, es verdad,  
se olvida amor, amistad,  
afecciones .. ¡todo! ¡todo!

MARG. ¡Padre!

FELIX. Aun es tiempo. Si quieres  
él te ama y no partirá.  
Su ambicion le matará,  
mas sé feliz. ¿Qué prefieres?

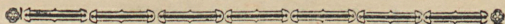
MARG. ¡Que viva! ¡que brille! ¡sí!  
Que viva con su esplendor,  
aunque me mate el dolor,  
aunque se olvide de mí.

FELIX. ¡Bien, hija! ¡Gran corazon!  
¡Bien! ¡Si, los dos sufriremos,  
los dos juntos lloraremos!

MARG. ¡Padre!

FELIX. ¡Maldita ambicion!!!

**FIN DEL ACTO PRIMERO.**



## ACTO SEGUNDO.

---

Sala en casa de Hortensia: dos puertas al foro; la de la derecha conduce á la calle; la de la izquierda á los salones de baile. Puertas laterales; la de la derecha dá á las habitaciones de D. Félix; la de la izquierda al interior de la casa. Mucho lujo y gusto en el mueblaje. Sobre un velador habrá infinidad de libros magníficamente encuadernados. La galeria del foro estará adornada, lo mismo que la sala, con multitud de macetas de flores, é iluminada por multitud de bujias colocadas en arañas y candelabros.

### ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, HORTENSIA.

*(La primera leyendo; la segunda arreglándose el tocado delante de un espejo.)*

MARG. «¡Ay! amores de la tierra  
son mentira y humo vano;  
quien en ella los perdiere  
vaya en el cielo á buscarlos (1)!»

(1) Estos cuatro versos pertenecen á la lindísima balada *El alma de Cecilia*, del señor D. Antonio Arnao, uno de los jóvenes poetas líricos que mas dias de gloria han de dar á la literatura española.



¡Ay!...

HORTENS. ¿Qué tienes, prima?

MARG. Nada.

HORTENS. Ese suspiro... ese llanto...

MARG. La balada que leía  
es muy triste.

HORTENS. No he escuchado.

MARG. Es el alma de una niña  
que vaga en montes y lagos;  
y esa pobre niña ha muerto  
porque la olvidó un ingrato.

HORTENS. ¡Ah! no arrancaba esas lágrimas  
de la olvidada el quebranto:  
no sus penas, Margarita,  
las tuyas estás llorando.

MARG. Ahora espero mas que nunca.

HORTENS. ¡Tú esperar!

MARG. ¿Puedes dudarlo?

Ausente, su corazón  
los negocios me robaron;  
pero va á verme: él me amaba:  
yo era su vida y su encanto...  
¡Oh!... mi vista hará que vuelvan  
los tiempos que ya volaron.

HORTENS. Si.

MARG. ¿Sin tan bella esperanza  
viviera, Hortensia, há dos años?  
Cuando dejó de escribirme  
á su ambicion entregado,  
pensé sucumbir de pena  
á solas con mi quebranto.

HORTENS. Pero ahora...

MARG. Una mañana

iba angustiada llorando  
por aquel jardín que tantas  
recorrí asida á su brazo.  
Cada flor un juramento,  
una ilusion cada árbol  
me recordaban... ¡Oh! dije,  
no puede haberme olvidado.  
Iré á Madrid; le veré;  
volveremos á adorarnos...

Persuadí á mi padre, y ya  
se acerca el momento ansiado.  
Voy á verle.

HORTENS. Y yo aseguro  
que sereis felices ambos.  
No te olvidó: el ministerio  
es, prima, pesado cargo;  
y si dejó de escribirte...

MARG. Es que no pudo.

HORTENS. ¡Dios santo!  
¿Quien esta ilusion la quita,  
si de ella vive há dos años?)

MARG. ¿Vendrá ya?

HORTENS. De los primeros  
que acuda le he suplicado.  
El baile empieza á las once.

MARG. ¡El tiempo va tan despacio!

HORTENS. ¡Gran Dios! ¡si al verla olvidara  
el amor que me ha mostrado!

MARG. ¿Hortensia, qué tal estoy (*Pausa.*)  
con este vestido blanco?

HORTENS. ¡Encantadora! Esta noche  
eres reina del sarao.

## ESCENA II.

DICHAS.—D. FACUNDO.

(*Bien vestido: una moda atrasada; pero sin tocar  
en lo ridículo.*)

FACUNDO. ¿Señora marquesa?

HORTENS. ¡Oh!  
Aquí está el buen don Facundo.

FACUNDO. Pero... pero... ¿Señorita!  
¿cómo usted por estos mundos?  
¿Y el señor don Félix?

MARG. Bueno.

FACUNDO. ¡Hola! Lo celebro mucho.  
(¿Qué traerá este viejo aqui?)

MARG. ¿Y usted?

FACUNDO. Pasando. (¿Qué cuco!)



HORTENS. ¿Y qué hay de nuevo?

FACUNDO. Aunque nada

sé de cierto, lo presumo.

Para el nombramiento de una  
comision, que antes de mucho  
deberá dar su dictámen  
sobre un importante asunto  
del que pende la caida  
bien de todos, bien de algunos  
de los ministros, reuniéndose  
está en este mismo punto  
el parlamento en secciones.

MARG. ¿Y Luis?

FACUNDO. Cual nunca seguro.

En pugna con sus colegas  
sobre ese importante asunto,  
presentó su dimision.  
Ellos, siguiendo este impulso,  
han entregado las suyas,  
sin que hasta ahora á ninguno  
se le haya admitido. Pero  
de su caida ó su triunfo,  
el nombramiento de esa  
comision será el augurio  
evidente. Todos saben,  
y yo sé por buen conducto,  
que es de don Luis la victoria.

HORTENS. ¡Si!

FACUNDO. ¡Si el parlamento es suyo!

Carlos Silva el diputado,  
que es su hechura, con buen pulso  
dispone del centro: así  
don Luis no conoce apuros.

MARG. ¡Ay Dios! ¿No vendrá esta noche?

FACUNDO. Sin inconveniente alguno.

Antes bien, como el negocio  
es tan personal, no dudo  
que del Congreso apartado  
y del baile en el tumulto,  
quiera aparentar que allí  
no deja sentir su influjo.  
El descansa en Carlos. (Vamos,

vienen á coger el fruto.)

HORTENS. Mira, Margarita, ya es hora. Entremos, que muchos comenzarán á venir.

MARG. Bien.

HORTENS. El señor don Facundo disimulará...

FACUNDO. ¡Señora!

Yo soy un criado suyo.

HORTENS. Tenemos que recibir... (*Vánse.*)

FACUNDO. A los piés de ustedes... Mucho me dá en qué pensar... El viejo... la niña aquí... Vamos!... dudo que logren... A la marquesa no la arrebatan el fruto de su conquista... y Luis quiere un título. ¡Qué mundo!

FELIX. ¡Don Facundo!

FACUNDO. ¿Quién? ¡Don Felix!

(*Haciéndose de nuevas.*)

¿Usted aquí? (*Disimulo.*)

### ESCENA III.

D. FACUNDO.—D. FELIX.

FELIX. Como ve.

FACUNDO. ¡Cuánto me alegro!

(*Tambien acude á la viña.*)

¿Y ha traído usted á su niña?

FELIX. Si.

FACUNDO. ¿Seremos pronto suegro? (*Con malicia.*)

FELIX. Puede.

FACUNDO. (Este hombre es un abismo.)

Pero no habia observado...

Está usted desmejorado.

FELIX. ¡Si, y usted siempre lo mismo!

(*Con marcada intencion.*)

FACUNDO. Pues, pasando y nada mas.

FELIX. ¿Y qué tal? ¿Se hace negocio?

FACUNDO. El que no se entrega al ocio no pierde el tiempo jamás.



FELIX. Mis cartas...

FACUNDO. Sopla otro viento.

FELIX. ¿Cómo? Luis...

FACUNDO. Hacer me deja.

Pero yo no tomo queja.

¡Me recibió tan atento!

FELIX. (¡Bien me lo temia!)

FACUNDO. ¡Eh!

no perdiendo el viajillo...

FELIX. Tuvimos un disgustillo.

FACUNDO. ¿Cómo? (*Con mucha curiosidad.*)

FELIX. Y lo ha pagado usted.

FACUNDO. ¡Bah, bah!

FELIX. ¡Pobre don Facundo!

(¡Ah!)

FACUNDO. ¿Y en quién vino á caer?

¿Pero qué le hemos de hacer?

Estas son cosas del mundo.

FELIX. Aun cuando de relaciones

íntimas hay que esperar,

no se puede confiar

en las recomendaciones.

Al amigo mas fiél,

si á otro amigo suyo abona,

apreciándole en persona

se le desprecia en papel.

¡Pobre Don Facundo!

FACUNDO. ¡Bah!

Tengo mas de lo que traje.

No perdiéndose el viaje,

adelante, y bueno va.

Yo he hecho mis observaciones;

y á la edad que Dios me ha dado

no venia confiado

en las recomendaciones.

Si pegaba, bien está;

pillo el destino, y adios;

si no... ¡esta tierra de Dios

para todo justo da!

Aqui se abren mil caminos

que yo mejores contemplo.

FELIX. Lo celebro.

FACUNDO. Por ejemplo:

Bolsa, agencia de destinos...

Pero aun estamos de pié.

FELIX. Voy buscando á la marquesa.

FACUNDO. ¿Señor, á qué tanta prisa?

FELIX. Negocios...

FACUNDO. ¡Aguarde usted!

¿Con que la niña ha venido?

FELIX. Sí, por ceder al deseo  
de su prima.

FACUNDO. ¡Ya lo creo!

Esa si que me ha cumplido.

FELIX. Bien.

FACUNDO. La señora marquesa

del vulgo en esto se aparta:

recibióme; vió mi carta;

no me hizo ni una promesa.

Pero me abrió sus salones,

de la aristocracia centro,

y desde entonces me encuentro

con muy buenas relaciones.

Don Luis al contrario obró;

y apenas dije mi nombre

salió, mas viento que hombre,

y gozoso me abrazó.

Aseguróme mil veces

emplearme al otro día:

acudí... y no recibía...

Así he pasado tres meses.

FELIX. Paciencia tuvo usted harta.

FACUNDO. El empleo era mi norte.

FELIX. ¡Ay del que viene á la corte  
confiado en una carta!

Acuden con la ansiedad

del demente que delira,

y tocando su mentira

aprenden una verdad.

Todos aqui su esperanza

cual fuego fatuo persiguen;

y por mil que no consiguen

tal vez hay uno que alcanza.

Y esto se toca, y se ve,



y no hay un hombre que esclame:  
«¡Quien sus ilusiones ame  
no ponga en Madrid el pié!»

FACUNDO. Y á quién lo dice usted así  
que se lo vaya á creer?  
Todos aquí piensan ver  
las minas del Potosí.

FELIX. ¡Horrible fatalidad  
que á tantas dichas se opondrá!  
En los ojos se les pone  
y no ven esta verdad.  
Ser de noble proceder,  
de honrado y modesto porte,  
y hacer fortuna en la corte...  
es un imposible hacer.

FACUNDO. Mas al que predica el bien  
todos, todos le desoyen.

FELIX. *Tienen oído, y no oyen,  
tienen ojos, y no ven.*  
Diga usted á un provinciano  
lo que ahora mismo le digo;  
y esclama: «No va conmigo;  
llevo cartas de Fulano.»

FACUNDO. Hay escepciones. ¿No está  
Luis en la esfera mas alta?  
Solo un título le falta,  
y ese pronto lo tendrá.

FELIX. ¡Va á dárselo él mismo!

FACUNDO. ¡Qué!  
¡El mismo! ¡que desatino!  
Para eso hay mas de un camino...  
Una alianza .. un... ¡Ya ve usted!

FELIX. (¡No me engañé!)

FACUNDO. Asi se evita  
que murmuren y...

FELIX. Comprendo.

FACUNDO. ¡Sabe mucho!

FELIX. Ya voy viendo.

FACUNDO. (¡Ambicioso!)

FELIX. (¡Margarita!)

FACUNDO. Y otros mil que se han alzado.  
Mire usted á Silva.

FELIX. ¿Y qué tal?

FACUNDO. No se va portando mal.

Es un chico despejado.

FELIX. Me alegrara verle.

FACUNDO. ¿Si?

¿Va usted á hablarle del diario?

(*Con malignidad.*)

FELIX. ¡Hombre, no!

FACUNDO. Si es necesario

al punto le traigo aqui.

Quizá haya venido.

FELIX. Pues

si usted tiene la bondad...

FACUNDO. ¡Qué bobada! ¡la amistad!...

FELIX. ¡Si! (*Con amargura.*)

FACUNDO. ¿Eh?

FELIX. Nada.

FACUNDO. Hasta despues. (*Váse.*)

## ESCENA IV.

D. FELIX.

¡Si, la amistad! ¡la amistad!...

¡Horror tanta farsa inspira!

¡Dios mio! ¡Entre esta mentira

cuán amarga es la verdad!

Esta corte corrompida...

me hace dudar de mi mismo.

Siglo del escepticismo,

quién desea en tí la vida?

Ambicion, ambicion que

ninguna virtud limita...

¡Y mi pobre Margarita

que espera hallar aqui fé!

Luis... ¡Ministro! Cual mil otros

se embriaga con las victorias...

con sus triunfos y sus glorias

no se acuerda de nosotros.

Y se casa por crecer,

porque un título le incita...

¿Qué va á ser de Margarita



cuando lo llegue á saber?  
¡Por solo un título vano!...  
Es una calumnia, si.  
Tanta infamia nunca vi  
en el corazon humano.  
Yo le he elevado á esa esfera  
y él... Mas qué voy á decir?  
Cuando se logra subir  
no se piensa en la escalera!  
Con esa eterna ambicion,  
con esa sed de renombres  
todo lo olvidan los hombres...  
¡Qué ingratos! ¡qué ingratos son!  
Carlos... Tambien le he elevado:  
por mí llegará á la cumbre;  
y él siguiendo la costumbre,  
tambien nos habrá olvidado.  
¡Y es natural! Grita el genio  
del amor propio á su lado:  
«A nadie estás obligado;  
eres hijo de tu ingenio.»  
¡De su ingenio! Sin un nombre  
se hundieran en el profundo,  
porque en este imbécil mundo  
jamás hay hombre sin hombre.  
Verdad que aunque horrible es  
echa tambien en olvido  
aquel que mira abatido  
el mundo entero á sus piés.  
Todo se olvida... Si... ¡No!  
Escepticismo importuno,  
¿por qué no ha de haber alguno  
que recuerde como yo?  
No todos á la ambicion  
se venden ni á los renombres...  
Estoy juzgando á los hombres  
peores de lo que son.  
La humanidad quizá avanza  
hácia el bien... Todo lo igualo  
y solo he visto lo malo.  
Vuelve á nacer, esperanza.  
¡Oh! mi pobre Margarita

hará mi sistema vano:  
aun el corazon humano  
al nombre de amor palpita;  
y si este afan puro, ajeno  
al interés, no es un nombre,  
aun hay nobleza en el hombre,  
aun puede el hombre ser bueno.

## ESCENA V.

D. FELIX.—CARLOS.

CARLOS. (Si pide cuentas...) ¡Don Félix!

FELIX. ¡Hola!

CARLOS. ¡Déme usted esos brazos!  
¡Cuanto gozo en ver al hombre  
por quien me miro tan alto!

FELIX. (¡Lo confiesa!)

CARLOS. ¿Está usted bueno?

FELIX. (Mi temor era infundado.  
Este agradece.) A sus órdenes.

CARLOS. Gracias. ¡Encuentro mas grato!  
Venía del Parlamento  
á ver si Luis por acaso  
estaba aquí ya ; y de sala  
en sala le iba buscando,  
bien ajeno de que en esta  
me esperase gozo tanto.

FELIX. Todo es mio.

CARLOS. Cuando acabe  
la reunion vendré á buscarlo.  
Tenemos mucho que hablar,  
y ahora no vengo despacio.

FELIX. ¡Cómo! ¿va usted á incomodarse?...

CARLOS. La Asamblea está aqui al lado.

Pero hablemos de otra cosa.

Usted estará parando

en casa de Luis?

(Con intencion.)

FELIX. No.

CARLOS. Entonces

se vendrá á la mia.

FELIX. Estamos



aquí ya con mi sobrina  
la marquesita del Tajo.

CARLOS. Lo siento mucho.

FELIX. (Agradece.

Pero esto tal vez... Veamos.)

CARLOS. ¡Sería yo tan dichoso  
en tener á usted á mi lado!

FELIX. Yo también querría; pero  
ya se arregló así.

CARLOS. ¡Qué diablos!

FELIX. —¿Con que ahora según parece  
la fortuna va soplando?

CARLOS. ¡Pist! (Si pide cuentas...)—¿Con que  
no hay medio de subsanarlo?

FELIX. No. Ya usted ve...—¿Y le tenemos  
á usted ya de diputado?

CARLOS. Si. (¡No logro distraerle!)  
—¿Y la niña?

FELIX. Buena.—¡Vamos!  
que para el tiempo que hace  
usted no se ha descuidado.

CARLOS. ¡Oh! ya lo creo. (En la llaga  
va poco á poco tocando.)

FELIX. Según se dice, parece  
que figura usted.

CARLOS. Si... algo.  
—¿Y usted no ha dado un paseo?  
¡Hallará esto tan mudado!

FELIX. Si, palacios de ladrillo,  
casas de carton...

CARLOS. Esacto.  
¡Já, já! ¡carton! (¡Se distrae!)  
Hay mejoras sin embargo.

FELIX. Madrid es una caldera,  
pero de inmenso tamaño,  
en donde el oro de España,  
derriten los cortesanos.

CARLOS. Es verdad.

FELIX. Y muy amarga.

CARLOS. Si, si.

FELIX. Centralizar tanto...

CARLOS. Pues. (Voy viento en popa.) Eso...

- FELIX. Pues, amiguito, pensando de ese modo, debe usted en el parlamento...
- CARLOS. (¡Malo!)
- FELIX. Y en el periódico...
- CARLOS. (¡Pésimo!)
- Ya lo pensaré despacio.—  
¿Y qué tal viaje?
- FELIX. Bueno.  
(Parece que evita...)—El caso es muy serio y...
- CARLOS. Si, el ponerse en camino con sus años...
- FELIX. No hablo de eso.
- CARLOS. (¡Estoy perdido!)
- FELIX. Decia que un diputado y un periodista se deben al bien de los ciudadanos.
- CARLOS. Tal creo. (¡Vuelta al periódico!)  
El que la patria ha mandado á ser su representante...
- FELIX. Y el que es eco en un diario de la opinion ..
- CARLOS. Si, sin duda.
- FELIX. Son de tanto honor esclavos.  
Usted parece que goza de crédito á no dudarlo.
- CARLOS. Si, en la tribuna...
- FELIX. Y la prensa.  
Pero se siente usted malo?  
¿Qué tiene usted?
- CARLOS. Nada.
- FELIX. (¡Ah!  
mi sistema no era errado.)  
¿No se lee *El Nacional*?
- CARLOS. ¡Pist!
- FELIX. (¡Qué ingratos son, qué ingratos!)  
Pues si...
- FACUNRO. Caballeros?...
- (Apareciendo en el foro.)
- CARLOS. (¡Ah!)  
¡Don Facundo! (Me he salvado.)



ESCENA VI.

DICHOS.—D. FACUNDO.

FELIX. (¡Estos son los hombres!) Y?... (A D. Facun-

CARLOS. ¿Qué hay de nuevo? do.)

FACUNDO. Se murmura

que la caída es segura

CARLOS. ¿Pero aun se resisten?

FACUNDO. Si.

CARLOS. Paréceme incomprensible.

¿Ya qué pueden esperar?

FELIX. ¡Misericordia humana! ¡Anhelar (*Ensimismado.*)

un tormento tan horrible!

¡El poder! «Esa es la gloria,»

dicen ansiándolo todos.

Lo alcanzan por varios modos

y locos gritan: «¡Victoria!

De él estaba deseoso;

gobierno diversas gentes,

y ante mí doblan las frentes.

¡Ya soy dichoso!» ¡Dichoso!

Ahora empiezas á luchar;

todos contrarios te son...

Tu gloria es una ilusión

que no puedes realizar.

¡Adios!

CARLOS. ¿Se va sin oír?..

FELIX. Tengo experiencia; soy viejo:

tome usted como un consejo

lo que acabo de decir.

La vida es corta: ese amor

al poder, bien no produce.

Puesto que á nada conduce,

no anhelarlo es lo mejor.

Huya de aquí; tenga fé;

viva siempre en paz consigo...

Se lo dice á usted un amigo,

que le compadece á usted.

CARLOS. Pero...

FELIX. Pese mi razon.

CARLOS. Va usted triste.

FELIX. No es extraño.

Llevo un nuevo desengaño  
clavado en el corazón.

CARLOS. No entiendo...

FELIX. ¡Miseria humana!

A estar aquí no me atrevo.  
Cada desengaño nuevo  
me trae una nueva cana.

CARLOS. Pero yo...

FELIX. Nada le digo  
pues usted tanto lo evita.  
¡Adios! Si me necesita  
siempre hallará usted un amigo. (*Váse.*)

## ESCENA VII.

CARLOS, D. FACUNDO.

CARLOS. ¡Já, já!

FACUNDO. No se ria usted;  
porque este viejo es muy ducho.

CARLOS. ¡Oh! me ha divertido mucho.

FACUNDO. (¡Le divierte!...) ¡Jé, jé, jé! (*Risa forzada.*)

CARLOS. ¡Si habla verdad!...

(*Dejando de reir y con tono sombrío.*)

FACUNDO. ¡Necio afán!

¡Jé! Ria, que es divertido.

CARLOS. El oírlo me ha estremecido.

(*Mirando á D. Facundo con desconfianza.*)

¿Conocerá nuestro plan?

FACUNDO. ¡Chist! No puede ser.

CARLOS. Yo veo

que usted, que nada desea,  
me auxilia, y...

FACUNDO. ¿Teme que sea  
un Judas?

CARLOS. Yo nada creo.

¿Mas qué interés?...

FACUNDO. ¡Poco á fé!

El dios del siglo es el oro...  
y solo á ese dios adoro.



¿Duda aun de mí?  
CARLOS. Toque usted.  
(*Se estrechan las manos con efusion.*)

### ESCENA VIII.

DICHOS.—HORTENSIA.

HORTENS. ¿Carlos?... (*Saludando.*)  
CARLOS. Señora?... (*Idem.*)  
FACUNDO. Marquesa?... (*Idem.*)  
HORTENS. No pensaba aquí encontrarle.  
Está usted tan retirado...  
CARLOS. Tanto que debiera hallarme  
ya lejos de aqui, porque  
hago falta en otra parte  
HORTENS. ¿Esa comision?...  
CARLOS. Es cosa  
sobremanera importante.  
HORTENS. ¿Luis está allá?  
CARLOS. No lo sé.  
Aqui venia á buscarle.  
Y ahora que de Luis hablamos.  
¿Qué me dice usted?  
HORTENS. No es fácil  
que nada diga, quien nada  
que pueda decirse sabe.  
CARLOS. Esa rival que ha venido...  
HORTENS. No sé quién tenga rivales.  
FACUNDO. (¿Querrá este tambien el título?)  
CARLOS. ¿Hortensia va usted á negarme?...  
HORTENS. Yo nada niego.  
CARLOS. ¿Es decir  
que no teme usted?...  
HORTENS. A nadie.  
CARLOS. Si Luis su primer amor  
recuerda...  
HORTENS. Si recordase,  
tuviera yo un de-engaño  
oportuno y saludable.  
Si no, viviré tranquila  
sin dudar de que me ame.

- CARLOS. De modo que usted se alegra?...
- HORTENS. Mas que puede usted pensarse.  
Una entrevista yo misma  
voy hora á proporcionarles.
- CARLOS. Usted misma? Cuánto diera  
porque vencida quedase!
- HORTENS. Quién? Ella?
- CARLOS. Usted.
- HORTENS. Muchas gracias.  
Está usted hoy muy amable.
- CARLOS. Si usted comprender pudiera...
- HORTENS. Comprendo.
- CARLOS. No lo bastante.  
Quizás esta misma noche, (*Con pasión.*)  
si mi suerte es favorable,  
podré decirla...
- FACUNDO. (*¡Demonio!*)  
(*Sobresaltado y con rapidez.*)  
Mire usted que se hace tarde  
y en la asamblea...
- CARLOS. Es verdad.
- FACUNDO. Vámonos pues.
- CARLOS. Al instante.
- CARLOS: y FAC. Señora?... (*Saludando.*)
- HORTENS. Que vuelva usted.
- CARLOS. No es menester que lo encargue.
- HORTENS. Adios.
- FACUNDO. Primero ministro:  
(*En el foro aparte á Carlos.*)  
luego... marqués ó .. quién sabe? (*Vánse.*)

## ESCENA IX.

HORTENSIA.—*A poco* LUIS.

- HORTENS. Ya en acudir á mi cita  
no se puede detener.  
Si al padre logro traer  
y él desprecia á Margarita!...
- LUIS. Señora marquesa?...
- HORTENS. ¡Oh!  
Señor don Luis, bien llegado.



LUIS. ¿Me esperaba usted? ¿He tardado?  
No me lo perdono.

HORTENS. Yo  
pienso ser mas generosa;  
que puntualidad pedir  
á un ministro, es exigir  
imposibles.

LUIS. ¿Tanta prosa  
tiene ese pobre destino  
que impide acudir puntual  
á esta esfera celestial?

HORTENS. Bien al revés lo imagino.  
Mas los negocios...

LUIS. Se engaña.

HORTENS. Que eran primero juzgué.

LUIS. Nadie es primero que usted.

HORTENS. ¿Ni la España?

LUIS. Ni la España.

HORTENS. Gracias.

LUIS. ¿Pues tanta fortuna  
tengo que muchas me da,  
aventurado será  
atreverme á pedir una?

HORTENS. Como no sé cuál aun...

LUIS. ¿Pues quien tantas gracias tiene  
en dar una se detiene?

HORTENS. Eso... conforme y segun.  
Que en un asunto formal,  
si alguna razon preside,  
antes del «*como se pide*»  
debe verse el memorial.

LUIS. No es caso en que la razon  
pueda nada decidir,  
porque el que vengo á pedir  
se dirige al corazon.

¿Veré llenos los deseos  
de mi atrevimiento loco?

HORTENS. ¡Ay! ¡si viera usted qué poco  
entiendo de discreteos!

LUIS. No comprende usted?...

HORTENS. Tal cual.

Mas como no soy muy diestra

temo...

LUIS. Claro lo demuestra  
*aquello del memorial.*

HORTENS. Pretendo que su excelencia,  
atendiendo á mi porfia,  
á una amiga suya y mía  
conceda una corta audiencia.

LUIS. Bien.

HORTENS. Llame usted á su razon  
y sépase sujetar.  
De lo que va usted á hablar (*Con marcada*  
pende mi resolucion. (*intencion.*)  
Una prueba decisiva  
va á sufrir que el amor sella.  
Salga usted incólume de ella  
y le amaré mientras viva.

LUIS. Pero?...

HORTENS. Nada mas me diga.

LUIS. ¿Por su amor qué hay que no hiciera?  
Hable usted.

HORTENS. Mi amiga espera.

LUIS. Si ; mas...

HORTENS. Espera mi amiga.

LUIS. ¡Hortensia!

HORTENS. Agúardeme usted. (*Váse.*)

## ESCENA X.

LUIS.

¡Señor ministro!... Esto humilla (*Reflexivo.*)

Marqués .. ¡Oh! un título brilla.

Casándome... lo tendré.

Amor vé su conclusion  
donde la ambicion empieza.

Habla tú sola, cabeza,

y calla tú, corazon.

De valor no me hallo falto

para vencer y sufrir.

Yo necesito aun subir,

si... pero subir muy alto.

Soy muy poco. Este poder



que antes tan grande creía  
no le basta al alma mía.  
En el mundo hay mas que ser.  
Si hubiera un sol mas brillante  
que ese sol que está en el cielo,  
quizás á mi altivo anhelo  
no fuera su luz bastante.

## ESCENA XI.

LUIS.—MARGARITA, HORTENSIA.

MARG. (¡Oh! yo tiemblo.)

LUIS. Señorita?...

¡Ah! (*Reconociéndola.*)

HORTENS. (Traslado al pretendiente.) (*Ap. á Luis.*)

El ministro presidente. (*Presentándolo.*)

LUIS. Yo... (*Turbado.*)

HORTENS. Mi prima Margarita. (*Saluda y váse.*)

## ESCENA XII.

LUIS, MARGARITA.

LUIS. ¡Margarita!

MARG. ¡Adios! (*Dando un paso.*)

LUIS. ¿Tú aqui?...

¿Tú aqui? ¿Qué es esto?

MARG. La muerte

de una esperanza, que al verte  
dejó de existir en mí.

LUIS. Pero...

MARG. Otra cosa esperaba:

no sucedió... Bien está.

¡Y era esa esperanza ya (*Con dolor profundo.*)  
la sola que me restaba!

LUIS. (¡Dios mio!) Escucha.

MARG. ¡No mas!

Los tiempos que ya pasaron  
de mi mente se fugaron  
para no volver jamás.

LUIS. Pero yo...

MARG.

Necia creí,

no contando con la ausencia,  
que al mirarme en tu presencia  
volarias hacia mí.

No fué así. ¡Lo quiso Dios!  
Mi afecto puro y sincero  
te dá aquí el adios postrero,  
que es este mi postrer adios.

LUIS.

¡Margarita!

MARG.

¡Cielos!... No,

no es este su dulce acento.

LUIS.

Aquel tiempo de contento...

MARG.

Aquel tiempo... ya pasó.

Sus dias de fé y de gloria

ya á gozar no volveré...

¡Oh! no profanes su fé,  
que aun bullen en mi memoria.

LUIS.

Ese llanto...

MARG.

Es por el fin

de una esperanza de amores.

Con él regaré las flores

de mi arabesco jardín.

Entre ellas tuvo su ser,

allí comenzó á subir...

¡Ellas le verán morir

como le vieron nacer!

(¡No sé que decir!)

LUIS.

MARG.

Ardiente;

pero sublime, ideal,

aquel amor celestial

llenó de los dos la mente.

Cuántas veces al morir

del sol la luz postrimera

íbamos por la ribera

del fresco Guadalquivir,

y exclamábamos los dos

entre el murmullo del río:

«Qué gloria es amar, Dios mio!

¡Bendito seas, gran Dios!»

Y así un día y otro día

sin zozobras ni temores

aquella vida de amores



- hermosa y feliz corria.  
LUIS. ¡Hermosa y feliz! (*Conmovido.*)  
MARG. Y yo  
¡qué breve la vi correr!  
LUIS. Esa vida ha de volver. (*Con entusiasmo.*)  
MARG. Esa vida... ya pasó.  
Es un recuerdo no mas  
que á la vez mata y consuela.  
Cuando una ventura vuela  
no puede tornar jamás.  
LUIS. ¡Ah! ¡Calla! Mi posicion  
ser el mismo me ha impedido.  
MARG. ¡Ay!... esa frase me ha herido (*Con dolor*  
de muerte en el corazon. (*profundo.*)  
LUIS. Pero...  
MARG. Mi pasion sencilla  
soñó un pecho en que hallar eco.  
¡Ese pecho... estaba seco!  
LUIS. ¡Margari!... (Un título brilla!  
¿Qué la digo?)  
(*Dando un paso hacia Margarita y deteniéndose.*)  
MARG. ¡Adios, adios!  
De una esperanza vivia:  
muerta esa esperanza mia,  
tan solo me queda Dios.  
LUIS. ¡Ah!  
MARG. Sin este amor profundo  
que es mi aliento, que es mi calma,  
sin el alma de mi alma,  
¿qué me queda en este mundo?  
FELIX. (¡Hija mia!)  
(*Que se habrá presentado momentos antes en el foro.*)  
LUIS. Yo...  
MARG. Tú... ¡Oh! (*Sin poderse con-*  
Tú eres por quien peno y clamo, (*tener.*)  
tú el que amaba... tú ¡el que amo!..  
LUIS. ¡Margarita!  
FELIX. ¡Hija! (*En tono de reconvencion.*)  
MARG. ¡No, no!  
(*Separándose de Luis.*)

ESCENA XIII.

DICHOS.—D. FELIX.

LUIS. ¡Don Félix! (Balbuciente.)  
FELIX. ¡Bien, Margarita!  
MARG. ¡Padre!  
FELIX. Todo lo he escuchado;  
y yo el cuento comenzado  
concluiré.—Esta señorita,  
de una amiga suya y mia  
hablaba á usted hace un instante,  
que olvidó á un antiguo amante  
por que él no la merecia.  
MARG. ¡Si, olvidó! (Haciendo un esfuerzo.)  
FELIX. Era una mujer  
tierna, pura, inmaculada,  
y él... alma pobre y gastada,  
no la llegó á comprender.  
MARG. ¡Le olvidó!  
(Apoyándose en el respaldo de un sillón.)  
FELIX. Y es natural; (Con profundo dolor.)  
no pudo seguir su huella.  
Era un hombre, un ángel ella.  
Empleó su amor muy mal.  
LUIS. Yo, señor...  
FELIX. En el Congreso (Cambiando de  
hace falta su presencia. (tono.)  
Vaya tranquilo vuestrencia,  
que luego hablaremos de eso.  
LUIS. Cuanto tengo, cuanto soy...  
FELIX. Gracias. (¡Oh ya me protegen!)  
LUIS. Todo es de usted.  
FELIX. Si. (Con amargura.)  
LUIS. No deje  
de servirse de mí.  
FELIX. Estoy.  
Gracias. (Con amarga ironia.)  
LUIS. Lo digo á los dos.  
FELIX. Gracias tambien en su nombre.  
Gracias. (Con fingida calma.)



LUIS. (¡Dudo!..)  
FELIX. (¡Este es el hombre!)  
LUIS. (¿Qué me pasa?) Adios!  
(*Vacila un momento y váase.*)  
FELIX. Adios. (*Con desprecio.*)

## ESCENA XIV.

MARGARITA, D. FELIX.

MARG. ¡Padre!  
FELIX. Estamos solos. Llorá.  
(*Después de pasear una mirada por la escena.*)  
Corra tu llanto á raudales  
en los brazos paternos  
de este viejo que te adora.  
MARG. ¡Ay!  
FELIX. En tu dolor profundo  
hay quien con ellos te ciña...  
Llorá, llorá, pobre niña,  
los desengaños del mundo.  
MARG. No puedo estar aquí mas.  
Este aire me ahoga!  
FELIX. Si.  
Vamos, vámonos de aquí. (*Ahogado por el dolor.*)  
MARG. ¡Qué no lo vea jamás!  
FELIX. ¡Por deseos ambiciosos  
perder esta fé sencilla!  
MARG. Volvámonos á Sevilla,  
tornemos á ser dichosos.  
Yo olvidaré... quizá pueda  
desterrar de la memoria  
ese amor que era mi gloria.  
¡Oh! ¡nada, nada me queda!  
FELIX. ¡Si! te quedo yo.  
MARG. ¡Perdon!  
FELIX. Te queda un padre, un amigo  
que sabrá llorar contigo,  
hija de mi corazón!  
¡Llorar solo, hija infeliz,  
puede ya tu triste padre!...  
Él, que á tu difunta madre

MARG. prometió hacerte feliz.  
FELIX. ¡Padre mio!  
¡Santo Dios!

¡Miradla cuán pura y bella!  
¡Dadme vida para ella!  
Si, que sufram los dos.  
Por ahorrarte un padecer,  
por darte, pobre hija mia,  
un minuto de alegría,  
un instante de placer,  
la calma gustoso diera,  
diera mi dicha contento,  
lanzara el último aliento,  
y aun poco me pareciera.  
Olvida cuanto te cuadre  
tus afectos insensatos...  
Todos, todos son ingratos...  
¡No hay mas amor que el de padre!  
¡Oh!

MARG.  
FELIX.

Si. El saber de mis años  
hará que pronto te cures.  
Hoy es preciso que apures  
la hiel de los desengaños.  
Vas á mirar á mi modo,  
en lo mas noble, bajezas...  
Pues hoy á sufrir empiezas,  
súfrelo de un golpe todo.  
Te encuentran jóven y bella,  
ángel de puros amores,  
y un millar de adoradores  
va siempre tras de tu huella.  
Te aman... te adoran... Tú ves  
cuánto ese amor les obliga,  
mas... no sé si te lo diga...  
¡Horrible esta verdad es!  
Ese amor que el cielo mismo  
que les inspira parece,  
*que los alza y engrandece,*  
*ese amor... es egoísmo!*  
Solo este afán les induce:  
no te quieren por querer:  
te quieren... ¡por el placer



que quererte les produce!  
¡Padre!

MARG.  
FELIX. No es ilusion vana  
de mi escéptica ansiedad.  
Es una amarga verdad  
de nuestra miseria humana.  
Llora, si, cuanto te cuadre  
desengaño tan profundo,  
y no olvides que en el mundo  
no hay mas amor que el de padre.  
¡Qué horror!

MARG.  
FELIX. Lo ve la razon,  
mas nunca ha de conocerse...  
¡Los hombres no quieren verse  
tan mezquinos como son!

MARG.  
FELIX. Todos no serán asi.  
Con sus esperanzas locos  
hay, Margarita, muy pocos  
que se esceptuen aqui.  
Ese Dios, que desde el cielo  
dió al aura olores suaves,  
blanda armonia á las aves  
y hermoso verdor al suelo,  
con un alma nos dotó  
capaz de grandes acciones,  
que el hombre en sus ambiciones  
de inmundo lodo manchó.

MARG. Aun con su recuerdo luchó  
por mas que razon te sobre.

FELIX. Perder un amor tan pobre  
no debe sentirse mucho.  
Piensa tú como yo pienso  
y asi te resarcirás,  
que en mí un amor hallarás  
grande, inestinguible, inmenso.  
Con sus mezquinas hazañas  
presto de tí se olvidó;  
mas... ¡cuándo olvidaré yo  
á la hija de mis entrañas!!!

MARG. Huyamos de aqui.

FELIX. Si, si.

Alli tranquilos los dos,

sola conmigo y con Dios  
le olvidarás.

MARG. ¡Ay de mí!

FELIX. No es digno de tu pasión  
el que holló tu amor primero.

MARG. ¡Y sin embargo... le quiero!


(*Delirante y cayendo en los brazos de D. Félix.*)

FELIX. ¡Hija de mi corazón!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.







## ACTO TERCERO.

---

La decoracion del segundo.

### ESCENA PRIMERA.

CARLOS, D. FACUNDO.

*(Se miran un momento con ansiedad: despues dice cada cual «bien» con suma alegria.)*

FACUNDO. Bien.

CARLOS. Bien.

FACUNDO. Mejor no se puede.

CARLOS. D. Félix?...

FACUNDO. Nada sospecha.

CARLOS. La votacion?...

FACUNDO. Cosa hecha.

CARLOS. Pues rueda la bola.

FACUNDO. Ruede.

CARLOS. No cabe en cabeza humana  
ir mejor. Nuestra es la suerte.

FACUNDO. Amigos hasta la muerte.

CARLOS. Amigos... (hasta mañana.)  
No habrá cuidado?

FACUNDO. No. Y  
sigue la reunion?



CARLOS. Si, voy...

FACUNDO. ¡Animo! El gran dia es hoy.

CARLOS. ¡O César ó nada!

FACUNDO. Si.

CARLOS. ¿Y Luis?

FACUNDO. No sé : hablará  
con su marquesa.

CARLOS. ¡Pues no!

¿Será marqués?

FACUNDO. ¿Qué sé yo?

Mas por mal camino va.

Amor de nuevo le incita;

y sus planes olvidando,

toda la noche bailando

ha estado con Margarita.

CARLOS. Si abriga intenciones rectas...

FACUNDO. ¡Quia! no. ¡Es tan ingrato!

CARLOS. ¡Eh?

(*Mirándole con recelo y variando completamente de tono.*)

Y qué le parece á usted  
la direccion de Indirectas?

FACUNDO. Ya madurará la uva.

CARLOS. La vendimia es estos dias.

Habrà subsecretarias...

FACUNDO. (¡Pues!)

CARLOS. É intendencias de Cuba.

FACUNDO. Con poco me satisfago;  
pero por no hacer desprecio...

CARLOS. (Se la traga como un necio.)

FACUNDO. (Y piensa que me la trago.)

CARLOS. ¿Con que negocio arreglado?

FACUNDO. Con tal que siga corriendo... (*Indicando di-*

CARLOS. De eso no hay que hablar. (*nero.*)

FACUNDO. Comprendo.

Váyase usted descuidado.

CARLOS. Un momento. ¿A qué ha venido  
don Félix?

FACUNDO. Si no me engaño  
solo por un desengaño.

CARLOS. ¿Y lo lleva?

FACUNDO. Muy cumplido.

CARLOS. ¿Nada mas?

FACUNDO. ¿Y poco es?

CARLOS. ¿Qué exige?

FACUNDO. La deuda toda.

Pensaba arreglar la boda.

CARLOS. Y Luis...

FACUNDO. Quiere ser marqués.

## ESCENA II.

DICHOS.—D. FELIX.

*(Sale por la izquierda, dirigiendo una mirada á los salones de baile. En toda la escena habla con cierta languidez, como quien ha perdido toda esperanza.)*

FELIX. ¡Bailad, bailad!

CARLOS. (Hélo aquí. *(A D. Facundo.)*)

FACUNDO. Este árbol ya no da sombra.

Váyase usted.)

FELIX. (Aquí estan.)

CARLOS. (Al punto.) *(A D. Facundo.)*

FACUNDO. Don Félix?...

FELIX. ¡Hola!

¿Se iba usted? *(A Carlos.)*

CARLOS. Si.

FACUNDO. Si.

FELIX. Un momento.

CARLOS. (Si pide... ¿Pero qué importa?)

FELIX. Tengo que exigir á entrambos un favor.

FACUNDO. (¡Malo!)

CARLOS. Yo...

FELIX. Es cosa

que me interesa, y espero que ustedes...

CARLOS. Si está en mis cortas facultades...

FELIX. Si.

CARLOS. Pues crea

que la tomaré por propia.

FELIX. Gracias.

:



FACUNDO. (¡Destinito! ¡ruina!)

FELIX. (¡Teme que le pida!) (Con desprecio.)

CARLOS. (¡Hay horas fatales!)

FELIX. Pues es el caso. .

CARLOS. Debo, por si usted lo ignora, (*Interrumpiéndole.*)  
advertirle que mi influjo  
es nulo, que mi persona  
nada significa... nada:  
por lo tanto...

FELIX. Eso no obsta.

CARLOS. (Respiro.)

FELIX. Quiero de ustedes  
que si algun día las cosas  
cambiaran, y Luis cayera...

FACUNDO. ¿Quién piensa en eso?

FELIX. Si rotas  
las alas, triste descende  
y vuelan triunfos y glorias,  
halle en los dos dos amigos.  
Sé lo que es la ambicion loca,  
y que hay quien no sobrevive  
mucho tiempo á una derrota.

FACUNDO. ¿Mas y usted?

FELIX. No estaré aqui.

CARLOS. ¿Cómo?

FELIX. Me vuelvo. Esta atmósfera  
no es para mí.

FACUNDO. (¡Ya, ya!)

FELIX. El aire  
de la corte me sofoca. (*Melancólico.*)  
Este ir y venir... Los viejos  
deseamos otra cosa.  
Paz, tranquilidad, descanso,  
aire libre, fresca sombra,  
un poco de sol... Hé aqui  
una vida deliciosa.

CARLOS. ¿Pero se va usted?...

FELIX. Mañana.

CARLOS. ¡Qué resolucion tan pronta!

FELIX. Mi última ojeada al mundo  
me hace ansiar á toda costa

la vida tranquila.

FACUNDO. (Si.) (Con ironia.)

CARLOS. Pero usted no reflexiona  
que su hija es joven, y que?...

FELIX. Se me vino á la memoria.  
Mas... ¿qué quiere usted? Los viejos  
solo en el retiro gozan;  
la vejez es egoista  
y... Mas volvamos la hoja.  
¿Podré marcharme seguro  
de que si una pena acosa  
á Luis, no se verá solo?

CARLOS. Deseche toda zozobra.

FACUNDO. Lo mismo digo. (No alcanzo  
de su idea ni una jota.)

CARLOS. Eso y mas. De cuanto soy  
quiero yo que usted disponga.  
Mi posicion, mi...

FELIX. Mil gracias.  
(Ve que no pido y otorga.)

CARLOS. Si algo tiene que mandarme...

FELIX. Para esta súplica sola  
y para decirle adios  
vine á buscarle.

CARLOS. Es ociosa  
toda oferta que le hiciera.  
Mejor lo dirán las obras.

FELIX. Gracias.

CARLOS. ¡Qué! (Mientras no pide  
no hay un amigo de sobra.)

FELIX. Oiga usted. Dice el refran  
que este mundo es una bola:  
los que hoy estan en la cúspide  
mañana el abismo tocan;  
los que hoy satisfechos rien  
mañana afligidos lloran.  
Yo he visto opulentas casas  
hacer al fin bancarrota,  
y he visto casas humildes  
elevarse sobre todas:  
he visto á la España grande  
dominar á media Europa,



y á su vez la he visto débil  
bajar la frente orgullosa.  
Mañana quizás altiva  
torne á su pasada gloria,  
si otra gran nacion se hunde  
á otra vuelta de la bola.  
Hombres, familias, naciones,  
esta verdad todos tocan:  
el que hoy sube, cae mañana,  
y pasado á subir torna.  
No ya por bondad... por cálculo  
tienda una mano amistosa  
al caído, que muy pronto  
necesitará usted otra.

CARLOS. Mas...

FELIX. No quiero detenerle.

¡Adios! y fortuna próspera.

(D. Félix acompaña á Carlos hasta la puerta izquierda del foro.)

FACUNDO. (Se va... Nos le recomienda... (Pensativo.)

Trama con este ó le explora...

Quiere al otro... El otro olvida...

Pues, señor, no veo gota.)

### ESCENA III.

D. FELIX, D. FACUNDO.

FELIX. Con que adios.

FACUNDO. Aguarde usted.

(Si iba á pedirle un destino,  
y al verse en tal mal camino  
retrocedió... Exploraré.)

FELIX. ¿Decía usted?...

FACUNDO. Voy allá.

(Tiene aun fondos... y si quiere...)

FELIX. Mire usted que hay quien me espere.

FACUNDO. Bien. (Pues, señor, allá va.)

Con franqueza: ¿qué tenía  
usted que decirme?

FELIX. ¡Yo!

FACUNDO. ¿Conmigo evasivas?

FELIX. No.

Es que usted en nada confía.

FACUNDO. Sé de destinos muy buenos. (*Pausa.*)

¿Mas claro? ¿Me explico así?

FELIX. Si antes no lo comprendí  
ahora lo comprendo menos.

FACUNDO. Es decir que Luis y Carlos  
abandonan ya del todo  
al que no perdonó modo  
alguno para elevarlos?

Lo dudo aunque lo estoy viendo,  
y no lo hubiera pensado.

¿Mas vamos, y qué ha pasado?

FELIX. ¿Pero qué está usted diciendo? (*Inpaciente.*)

Con la falsa observacion  
que cualquier cosa le inspira,  
en todo malicia mira,  
en todo busca intencion.

FACUNDO. Me quiere usted hacer creer  
que esa marcha?...

FELIX. Vamos, vamos;  
veo que nunca llegamos  
á podernos entender. (*Incómodo.*)

FACUNDO. Mas...

FELIX. Me voy... me voy porque...

porque este ambiente envenena,  
porque el alma aqui se llena  
de un horrible no sé qué.

Porque ver no puedo en calma  
mas tiempo á esta gente loca

¡siempre con risa en la boca!

¡siempre con llanto en el alma!

Porque el sentido me embarga

y el pecho me está oprimiendo,

que en cada minuto aprendo

una verdad mas amarga.

Porque solo vanos nombres

son los afectos que hallé;

porque... porque... en fin, porque

voy detestando á los hombres.

¿Qué mas quiere usted? Me arredra

con su cínica maldad

esta... *culta* sociedad



de alma de carbon de piedra.  
Cuando en su centro me miro  
y penetro en su conciencia  
á pesar de mi experiencia  
tengo miedo... y me retiro.  
¿Qué he de hacer? ¡Pobre de mí!

FACUND. Si eso es así...

FELIX. Don Facundo,  
este mundo no es el mundo  
de quien algo tiene aquí. (*Señalando el co-*

FACUND. Pero en esta sociedad (*razon.*)  
se medra como en ninguna.

FELIX. Es que...

FACUNDO. ¡Bah!

FELIX. Es que la fortuna  
no dá la felicidad.

El que mendiga el sustento,  
el que trabaja y se afana  
de la noche á la mañana  
por un mezquino alimento,  
el que riega con sudor  
el pan de sus estrecheces,  
es mas feliz ¡cien mil veces!  
que su opulento señor.

Los reyes dictan las leyes  
desde alcázares suntuosos:  
¿y son los reyes dichosos?  
¡Pobre reyes! ¡Pobres reyes!

FACUNDO. ¿Y quién ha de gobernar  
si en hacerlo hay tal suplicio?

FELIX. Quien lo haga por sacrificio,  
no por ánsia de medrar.  
Hombre de gran corazon,  
que de hacer el bien ansioso,  
sacrifique su reposo  
en aras de la nacion.  
Hombres que no ansien subir,  
y que sepan al mandar  
que allí no se va á gozar,  
sino á penar, á sufrir.

FACUNDO. Mas si con conciencia pura  
se sube y con frente tersa...

- FELIX. La dicha en razon inversa  
siempre estará de la altura.
- FACUNDO. Bien. Mas *palabras* dejemos,  
y vamos á lo que importa.  
Mi plática será corta  
porque... ya nos entendemos.  
Luis y Carlos olvidaron,  
como es razon y costumbre,  
y subiendo hasta la cumbre  
en la falda le dejaron.  
No me espanta.
- FELIX. Pero...
- FACUNDO. Al mundo  
cada cual por algo vino. (*Pausa.*)  
¿Usted quiere un buen destino? (*Con resolu-*  
Yo le tengo. (*cion.*)
- FELIX. ¡Don Facundo! (*Indignado.*)  
¿Por quién me toma usted á mí?  
Mas ¿cómo puede usted ahora (*Meditabundo.*)  
dar empleos, si ha una hora  
los pedia?
- FACUNDO. ¡Me vendí! (*Con despecho.*)
- FELIX. Pronto. (*Con imperio.*)
- FACUNDO. Nunca falta modo... (*Turbado.*)  
(Nada pienso de provecho.)
- FELIX. Pronto; todo lo sospecho  
y quiero saberlo todo.
- FACUNDO. Pero si es el caso que...
- FELIX. Nada de engaños discretos,  
porque conozco secretos  
que pueden perder á usted.
- FACUNDO. Yo... mi conciencia... mi honor...
- FELIX. ¿Su conciencia de usted?  
(*Con indignacion y sarcasmo.*)
- FACUNDO. Si.
- FELIX. ¡Su honor! Hable usted, ó de mí  
no respondo.
- FACUNDO. ¡Yo... señor!...
- FELIX. Hable usted.
- FACUNDO. En la reunion  
(*Despues de un momento de vacilacion.*)  
que ahora se está celebrando,



Carlos y los de su bando  
votan con la oposicion.

FELIX. ¿Y Luis?

FACUNDO. En él confiado,  
cree su triunfo seguro.

FELIX. ¿Eso es cierto?

FACUNDO. Se lo juro.

FELIX. ¿Y si fuese derrotado?

FACUNDO. Como que su dimision  
estaba ya presentada...

FELIX. (¡Pobre Luis!)

FACUNDO. Será aceptada.

FELIX. ¿No hay medio de salvacion?

FACUNDO. La comision que se vota  
de la oposicion será.

Esto, como usted verá,  
equivale á una derrota.

FELIX. (Si yo... no... si... puede ser.) (*Luchando.*)

FACUNDO. (Qué planes tendrá?)

FELIX. Al momento

va usted á ir en seguimiento  
de Carlos, y á detener  
la votacion.

FACUNDO. ¿Qué pretesto?..

FELIX. Usted verá. Lo que haga  
en esta ocasion se paga  
régicamente. Con que presto.

FACUNDO. Es que no encuentro recurso...

FELIX. De aquí allá la mente tuerza.  
Que Carlos crea que es fuerza;  
y él pronunciará un discurso  
que prolongue... Vuelva usted  
á decirme el resultado.

FACUNDO. Si, si.

FELIX. Silencio y ¡cuidado!

FACUNDO. Como de mármol seré.

Ha tocado usted un registro...

FELIX. Repito que el oro sobra.

FACUNDO. Adios.

FELIX. El que calla..... cobra.

FACUNDO. (¡Este quiere ser ministro!)

(*Despues de meditar un momento.*)

ESCENA IV.

D. FELIX.

Adios, horrible vestiglo  
en quien la maldad se cifra;  
adios por siempre, *hombre-cifra*,  
daguerreotipo del siglo.

.....  
¡Todos con igual afán,  
*todos con el mismo anhelo!*  
¿Qué buscan en este suelo?  
¿Qué quieren? adónde van?  
¡Ay!.. que han hecho se comprende  
en su desenfreno intenso  
del mundo un bazar inmenso  
adonde todo se vende.  
¡Oh!... nuestro destino fiero  
fatalmente se ha cumplido!  
El mundo está reducido  
á una fórmula: «dinero.»  
Alquimistas inhumanos  
los hombres desde el nacer,  
oro pretenden hacer  
del llanto de sus hermanos.

.....  
Y cuando loca y ruin  
tu idea mires cumplida,  
y á la tierra convertida  
en California sin fin...  
Cuando con loca ansiedad  
amontones oro... y oro...  
¿qué harás de tu vil tesoro,  
miserable humanidad!  
¿Después tu dicha vendrá?  
Oye un pronóstico fiero.  
¡No! no! Querrás mas dinero,  
tu sed no se apagará.  
Esa voz que atronadora  
grita: «¡adelante! ¡adelante!»



avivará á cada instante  
la infernal *locomotora*.  
En ella, humanos, volad  
con las alas del destino:  
volad... que al fin del camino  
¡hallareis la eternidad!

.....

En este huracán, que agita  
todo cuanto estuvo en calma,  
va fundida en otra alma  
el alma de Margarita.  
Aun hay seres ideales  
que fé tienen y que adoran;  
pobres ángeles, que lloran  
por los mezquinos mortales.  
Ángel puro de consuelo,  
que para tí no le hallaste,  
¿por qué á la tierra bajaste,  
si tu morada es el cielo?

.....

Pero es preciso pensar...  
y con el alma tranquila.  
Luis en su puesto vacila  
y... ¡el caer le va á matar!  
¿Y qué he de hacer? Frente á frente  
luchar... luchar y vencer.  
De un lado... astucia... poder...  
de otro, yo... ¡viejo!... ¡impotente!...  
¡No puedo! Terrible, fija,  
sola una idea hay aquí;  
y esa idea... esa... ¡ay de mí!  
¡va á morir mi pobre hija!  
Morir, si... morir los dos  
antes que la dicha ver!  
¡Ella! no, no puede ser,  
no puede quererlo Dios.  
¿Y él?... Aunque al olvido dió  
por la que tanto me aflijo...  
aunque la olvida... ¡es mi hijo!...  
Y no encuentro un medio... ¡Oh!  
Si nula la humana ciencia  
su mentira está tocando,

¿para cuándo, para cuándo  
tu divina providencia?

## ESCENA V.

D. FELIX.—HORTENSIA.

*(Después de pasear una mirada por la escena.)*

HORTENS. Tampoco aquí.

FELIX. (Si... él la vida *(Ensimismado.)*  
me debe... y sabrá obligarlos...)  
¡Hola!

*(Dominando su agitacion al ver á Hortensia.)*

HORTENS. ¿Ha visto usted á Cárlos?

FELIX. (La vida... esto no se olvida.)

¿A Cárlos?

HORTENS. Si.

FELIX. Se ha marchado.

(¿Por qué por Cárlos pregunta?)

*(Como queriendo columbrar algo.)* ¿

HORTENS. ¿Dónde?

FELIX. (Será la presunta...)

No sé. (¡Si aun no se ha votado!...)

*(Volviendo á su primera idea.)*

Oye: tú, que cuanto pasa

por tu posicion sabrás,

decirme quién es podrás

esa que con Luis se casa?

HORTENS. ¡Yo!... ignoro... *(Aterrada.)*

FELIX. (No hay duda ya.)

Si, mujer... recuerda... esa...

la marquesa... la marquesa

de...

HORTENS. No atino. *(Turbada.)*

FELIX. Piensa.

HORTENS. (¡Ah!)

FELIX. (¡Era su amiga!) Quería,

es decir, me precisaba

saber cómo se llamaba.

(Un decreto... aun se podría...)

*(Luchando con las dos ideas.)*



¿Con que no recuerdas? Bien:  
no te apures... Es asunto  
que si á cien se lo pregunto  
me lo refieren los cien.  
¡Es tan público! Verás  
como al momento... (*Dirigiéndose hácia la*

HORTENS. No, no. (*puerta.*)  
(*Deteniéndole con viveza.*)

Tal vez lo recuerde yo.

FELIX. Bien. (No quiero saber mas.)  
¡Recuerda! Si todo el mundo  
lo sabe...

HORTENS. (¡Qué compromiso!)

FELIX. Calma.

HORTENS. Si.

FELIX. (Si, si... es preciso...

¡Cuánto tarda!...) ¡Don Facundo!

(*Viéndole aparecer en la puerta derecha del foro.*)

## ESCENA VI.

DICHOS.—D. FACUNDO.

FACUNDO. (Como se pide.) Señora?... (*Ap. á D. Félix.*)

FELIX. Bien. (Un coche y...)

FACUNDO. (Le encontré (*Idem.*)  
antes de llegar, y fué  
á ver si gana una hora.  
Le persuadí...

FELIX. Bien está.)

Voy aquí... (*A Hortensia.*)

HORTENS. ¿Y?... (*Con ansiedad.*)

FELIX. No precisa.

Si buenamente... No hay prisa.

Hasta luego.

FACUNDO. (¿A dónde va?) (*Con curiosidad.*)

## ESCENA VII.

HORTENSIA, D. FACUNDO.

HORTENS. (¡Me salvé!)

FACUNDO. (Juntos se hallaban...

Si traman de mancomun...)

HORTENS. Qué hay en la asamblea?

FACUNDO.

Aun

*en la votación no estaban.*

*(Por lo que pueda tronar*

*bueno es estar bien con esta.)*

HORTENS. ¿Se aprobará la propuesta?

FACUNDO. Sobre eso... hay mucho que hablar.

HORTENS. ¿Cómo?

FACUNDO. Si es de usted amiga

*(Con mucha intencion.)*

la que tierna y amorosa

va á ser del ministro esposa,

le suplicó que la diga,

que si la estrechan ahora

porque su mano conceda,

se tome tiempo... y no acceda

hasta dentro de una hora.

HORTENS. ¿Pero qué va á suceder? *(Con sorpresa.)*

FACUNDO. Si aguarda la hora cumplida,

el ministro que la pida

puede otro ministro ser.

## ESCENA VIII.

DICHOS.—D. LUIS.

LUIS. Hortensia...

FACUNDO. (Si á este tambien

*(Queda algo apartado y meditabundo.)*

lograra atrapar!)

LUIS.

Creia

que aqui á usted encontraria,

y vengo...

HORTENS. Gracias.

FACUNDO. (¡Bien! ¡Bien!)

*(Como habiendo concebido una idea.)*

LUIS. Su luz me sirvió de estrella.

HORTENS. Pobre luz!

FACUNDO. (¡Logré atraparlos!)

*(Mucho cuidado con Carlos,*



(A Luis bajo y con rapidez.)

con D. Felix y con ella.)

LUIS. ¿Eh? (¿Qué me quiere decir?)

(Don Facundo se lleva un dedo á los labios.)

HORTENS. Está usted meditabundo.

LUIS. ¿Yo?... (Con sonrisa forzada.)

FACUNDO. Con que?... (Saludando.)

LUIS. Adios, don Facundo.

(Con amabilidad.)

FACUNDO. Adios (y verlas venir.) (A Luis.)

HORTENS. Adios. (D. Facundo pasa al otro lado.)

FACUNDO. (Lo dicho.) (Tambien (A Hortensia con  
pillo á este, que el cuarto era. rapidez.)  
Pues señor, suba quien quiera (Satisfecho.)  
ya con todos estoy bien.)

## ESCENA IX.

HORTENSIA.—D. LUIS.

LUIS. (Que recele.) (Pensativo.)

HORTENS. (Que no acceda.) (Idem.)

LUIS. Hortensia...

HORTENS. Luis...

LUIS. Siga usted.

HORTENS. No, usted.

LUIS. ¿Y á qué he de seguir

si ya he dicho veces cien

lo que ahora decir podria,

lo que siempre la diré?

Si sabe usted que la quiero

cuanto es posible querer,

si sabe usted que la adoro...

HORTENS. ¿Pero por dónde lo sé?

LUIS. Ojos y labios lo dicen.

HORTENS. ¿Lo dice el alma tambien?

LUIS. ¿No vió usted que á Margarita?...

HORTENS. No basta.

LUIS. ¿Pues qué he de hacer?

¿Exige usted otra prueba?

HORTENS. ¿Prueba? La que usted me dé.

LUIS. Si ofreciese á usted mi mano,

*si yo rindiera á sus piés  
posicion, porvenir, todo...  
¿lo habría probado bien?*

HORTENS. ¡Gran prueba fuera por cierto!

LUIS. Dada está.

HORTENS. (¿Qué le diré?)

LUIS. ¿No responde?

HORTENS. (Aquel consejo...)

¿Qué he de contestar si sé  
que á mi prima?...

LUIS. (¡Margarita!)

Eso ya no puede ser.

Vanos amores de niños...

HORTENS. Pero está en Madrid.

LUIS. ¿Y qué?

HORTENS. Ella...

LUIS. Hortensia, usted no ignora  
que á los dos nos está bien.  
Una respuesta.

HORTENS. Yo... ¿Cómo  
piensa en amor cuando vé  
que en este momento mismo  
decidiendo estan tal vez  
su fortuna?

LUIS. Eso tan solo  
bastara para hacer ver  
cuán inmenso es mi cariño.  
Hortensia, decida usted.  
Ahora, ó nunca.

HORTENS. (Ya es preciso  
ó contestar ó romper.)

(Reparando en una flor muy pequeña que lleva Luis  
en un ojal.)

¡Ah! esa flor... (Hallé un pretesto.)

LUIS. Esta flor... (¡Oh!...) Tome usted.  
¿Qué mas pide?

HORTENS. A tantas pruebas  
con una contestaré.  
¿Tiene usted enemigos?

LUIS. Todos  
los que creo he menester,  
como dice Karr.



HORTENS. ¿Y amigos?

LUIS. Uno solo; mas tan fiel,  
que á él me entrego enteramente,  
y él es mi único sosten.

HORTENS. ¿No teme que le derriben  
esta noche?

LUIS. No.

HORTENS. ¿Por qué?

LUIS. Porque él manda en la asamblea.

HORTENS. ¿Y si le vendiese él?

LUIS. Imposible; si así fuera  
no habria en el mundo fé.

HORTENS. Mas supongamos...

LUIS. Entonces

tédio me diera el poder,  
y sin ambicion, sin alma  
del mundo huiria tal vez.  
Pero es imposible; Carlos  
es la mitad de mi ser.

HORTENS. En la asamblea hace falta  
su presencia, Luis; yo sé  
que el hombre en quien mas confia  
quien le está vendiendo es.

LUIS. ¡Cómo! (*Con dolorosa admiracion.*)

HORTENS. Ni mas se me ha dicho,  
ni mas decirle podré.  
Corra usted allá

LUIS. Si, si, voy.

HORTENS. Pronto.

LUIS. Adios.

HORTENS. Hasta despues.

LUIS. (Es imposible... no, no,  
él no puede serme infiel.) (*Váse.*)

## ESCENA X.

HORTENSIA.

¡Si triunfa!... honores, poder...

¡Cómo el corazon palpita!

¡Brillar!... ¿Pero y Margarita?

No, no le puede querer.

Le olvida. En su candidez  
rechaza al que así ambiciona.  
No así yo, que una corona  
tuviera en poco tal vez.

## ESCENA XI.

HORTENSIA. —MARGARITA.

MARG. ¡Prima! (*Loca de alegría.*)

HORTENS. ¿Qué tienes?

MARG. ¡Oh! mucho

gozo.

HORTENS. ¿Lloras?

MARG. ¿Qué le hace?

Deja, deja que te abrace.

Soy muy dichosa.

HORTEN. ¡Qué escucho! (*Alterrada.*)

MARG. Cuando menos esperar  
de su cariño debí...

HORTENS. (¡Dios mío!)

MARG. Ha llegado á mí

y me ha sacado á bailar.

Cien parejas se lanzaron

al baile ardientes y bellas,

y á poco entre todas ellas

mil ojos nos contemplaron;

y en medio de aquel torrente

mas rápido á cada instante,

él siguió hablándome amante,

yo contesté balbuciente.

HARTEN. ¡Oh!

MARG. Del cansancio á despecho

valsábamos con ardor,

solos ya, cuando una flor

se desprendió de mi pecho.

El, dando treguas al val,

alzó la flor sin abrojos,

y, clavando en mí los ojos,

la colocó en un ojal.

Después... todos se acercaban

á mí... y crucé los salones



en medio de aclamaciones  
que de mil bocas brotaban.  
Aun no adivino el por qué...  
tal vez ese afán profundo  
es el parabien del mundo  
que tan dichosa me ve.

¿Y yo la muerte queria?

¡Oh!... ¡la vida es tan hermosa!

¡Soy dichosa, muy dichosa!

¡Abrázame, Hortensia mia!

HORTENS. (¿Qué es esto? ¡Ah! . Si, si.) Repara  
(Como adivinando.)

que finge mucho el deseo.

MARG. ¿Qué dices?

HORTENS. Que no le creo.

MARG. ¿Y á qué mentir si no amara?

HORTENS. ¡Margarita, por favor!

huye de esa falsa llama.

MARG. ¡Huir cuando mas me ama!

HORTENS. ¡Amarte!... ¡Mira! (Mostrándosela.)

MARG. ¡Mi flor!

(Tomándola dolorosamente sorprendida.)

HORTENS. Por no aparecer ingrato  
de tu padre á los favores  
ante el mundo, á tus amores  
ha tornado un breve rato.

Amarga la verdad es;

mas aqui malos y buenos

por afecto obran los menos,

todos van á su interés.

Recuerda á tu padre, y

por no hacerle mas penar,

templa ese rudo pesar,

vuelve, Margarita, en tí.

MARG. Remordimiento cruel

que noche y dia deploro:

él llora por mí, y yo lloro

por un hombre que no es él.

HORTENS. Él lo ve en supremo instante

de dolores indecibles.

MARG. ¡Oh! ¡deberán ser horribles

los celos de un padre amante!

Y lo sé, y aun á ese infiel  
mas que nunca tierna adoro;  
y por tí, padre, no lloro,  
y estoy llorando por él!

HORTENS. ¡Prima!

MARG. Cuando año tras año  
se ve el bien en lontananza  
y aquella rica esperanza  
la marchita un desengaño...  
y luego vuelve la calma,  
y vuelve otra vez á huir...  
¿No es preferible morir,  
á esta soledad del alma?

HORTENS. ¿Lloras?

MARG. ¿Cómo no llorar  
si está mi pecho estallando,  
si el aire me va faltando,  
si ya no puedo esperar?  
¡Oh! ¡no! y su primer ardor  
mentira no pudo ser...  
¿Tanto brilla ese poder  
que hace olvidar el amor?  
{Con acento desgarrador.}

## ESCENA XII.

MARGARITA, HORTENSIA.—D. FELIX.

HORTENS. (¡Don Félix!)

FELIX. ¿Juntas aquí?  
(Oye, si es que no recuerdas (*Aparte á Hor-*  
aquello, el tiempo no pierdas; (*tensia.*)  
me lo han dicho por ahí.

HORTENS. (¡Dios mío!)

FELIX. ¿Y sabes quién era?  
Su mejor amiga. ¡Pues!  
¡Cuando grita el interés,  
qué afecto ni qué tontera!)

HORTENS. ¿Vamos?

(*A Margarita desentendiéndose y con ansiedad.*)

MARG. Hortensia, ¿qué tienes?  
¿Te pones mala?



HORTENS. No, no.  
El cansancio... el calor... (¡Oh!)

FELIX. (Es una infamia.) (A Hortensia.)

HORTENS. ¿Te vienes?

MARG. Despues.

FELIX. (¿Qué quién es te diga?  
(A Hortensia contestando á una mirada suplicante.)

HORTENS. Luego.

FELIX. Está en posicion alta.)

HORTENS. Prima... me voy... hago falta (Idem.)  
en el salon.

FELIX. Bien. (¡Su amiga!)  
(Con profundo sarcasmo.)

### ESCENA XIII.

MARGARITA, D. FELIX.

FELIX. ¿Sufres?

MARG. No, no.

FELIX. Con placer  
admiro ese fingimiento;  
ocultas tu sufrimiento  
por no hacerme padecer!  
Y ya no lloras ni gimes....  
¡Y yo á pesar de mis años!.. (Enjuzando una  
¡Hay magníficos engaños, (lágrima.)  
como hay mentiras sublimes!

MARG. (¡Ay de mí!) Por un momento  
creí que aun mi amante era:  
esa esperanza postrera  
voló en las alas del viento.  
Ya nunca amaré... Si, si...  
De cuanto sufro á despecho  
aun queda amor en mi pecho,  
queda mucho para tí.

FELIX. ¡Margarita!

MARG. ¡Padre!

FELIX. ¡Oh!  
No asi mis consuelos huyas.  
Tus alegrías son tuyas;  
pero tus tristezas... no!

Ya que apagarlos no puedo,  
yo lloraré esos amores:  
la mitad de tus dolores  
es mia... y no te la cedo!

MARG. Mas...

FELIX. Mucho ha que comprendí  
el alma de las mujeres:  
Margarita, tú le quieres...  
¡Y le quieres mas que á mí!

MARG. ¡Yo!.. ¡Cielo!

FELIX. Aunque oir te aflija  
mi amarga verdad constante,  
mas puede el amor de amante  
que no el cariño de hija.

MARG. ¡Padre!

FELIX. En su alta prevision  
dió el Señor causa á este efecto  
para que vaya el afecto  
de una á otra generacion.

Siempre querrás, porque asi  
lo manda un principio fijo,  
mas que á tu padre, á tu hijo,  
y este al suyo, mas que á tí.

Si esto asi no sucediera,  
si mas á tu padre amaras  
y este al suyo, ¿no reparas  
que el cariño se estinguiera?  
Poco á poco el tiempo iria  
debilitando esos lazos,  
y al verlos hechos pedazos  
la familia acabaria.

Dios, que todo lo concilia,  
lo hizo en su saber profundo,  
porque... ¿qué fuera del mundo  
sin afectos ni familia?

MARG. ¡Oh!

FELIX. Tu esperanza voló  
con tus divinas quimeras.  
Si felicidad no esperas,  
¿cómo he de esperarla yo?  
Ya que de nosotros huya,  
ya que verla no podemos,



pensemos...

MARG. Padre, pensemos  
tan solamente en la suya.

FELIX. ¡Dios te bendiga! Pues bien;  
desde su puesto encumbrado  
va ser muy pronto lanzado,  
purgando así su desden.  
Cuando el asiento se rompa,  
en que tan soberbio está,  
bien sabes que morirá:  
él solo vive en la pompa.

MARG. Es necesario volar  
y salvarle, y!..

FELIX. Ten el vuelo.  
Sabe para tu consuelo  
que esto le puede salvar. (*Entregándola un*

MARG. ¡Ah! ¡Gracias! (*pliego.*)

FELIX. A una mujer  
le ha llamado la ambicion.  
Toma .. esa es su salvacion;  
rómpelo... y perdió el poder.

MARG. ¡Quiere á otra! Bien lo temia.

FELIX. ¿No has visto la turbacion  
de Hortensia? Es su acusacion.

MARG. ¡Dios mio!

FELIX. ¡Pobre hija mia!

MARG. ¡Era Hortensia!

FELIX. ¡La amistad!

Rompe el papel... y perece.

Rómpelo! Luis lo merece:

á otra dá su voluntad.

Rásgalo: tu mayor mal  
este pliego dicta y sella: (*Dándole otro pliego.*)

para casarse con ella

va en él la licencia real.

MARG. ¿Y qué es esa pasion vana  
para que tal cosa hiciera?

Ya que amante no me quiera,  
moriré siendo su hermana.

Él nuestro amor está viendo...

querrá mas... ¡será más bella!

Que viva feliz con ella,

FELIX. aunque yo viva muriendo. (*Ahogada por el*  
¡Así te creí! ¡sublime, (*llanto.*)  
grande, incomparable, pura!  
¿A quién, Señor, das ventura  
si este ángel padece y gime?

MARG. ¡Ay!

FELIX. Oye. Aunque amor profundo  
al recibirlo te ofrezca,  
no esperes que lo agradezca...  
nadie agradece en el mundo.  
Hacer bien sin ver á quién  
es la virtud que acrisolo...  
El bien se debe hacer solo  
por el placer de hacer bien.  
Olvido un ingrato pecho  
tal vez podrá en pago darte;  
¿mas cuándo podrá quitarte  
el placer de haberlo hecho?

#### ESCENA XIV.

DICHOS.—D. FACUNDO.

FACUNDO. Don Félix! (*Entrando apresuradamente.*)

FELIX. ¿Qué?

FACUNDO. Se perdió.

FELIX. ¿Qué dice usted?

FACUNDO. Han votado.

FELIX. ¿Y?...

FACUNDO. Y ha sido derrotado.

MARG. ¡Dios mío!

FACUNDO. Luis... acabó.

Aquello... (*Significando dinero.*)

FELIX. Será cumplido. (*Con desprecio.*)

FACUNDO. Adios. Me voy descuidado.

(¡A vender! Él ha bajado; (*Con brutal ale-*  
pero el papel ha subido.) (*gría.*)



ESCENA XV.

D. FELIX, MARGARITA.

MARG. ¡Dios mío! ¡Perdido!

FELIX. ¡Aun no!

Con sus colegas en guerra,  
hubiera venido á tierra;

pero le quedaba yo.

A uno de ellos tiempo há  
la vida salvé: le he hablado,

y por yo haberle salvado,

él á Luis salvacion dá.

Correspondiéndome fiel

y mirando mi afliccion

alcanzó su salvacion

envuelta en ese papel.

MARG. ¿Aun hay esperanza?

FELIX. Hay mas:  
seguridad.

MARG. ¡Oh! Pero...

¿cómo tan presto cayó  
de tan alto?

FELIX. Oye y sabrás.

Los ojos siempre hácia arriba,  
en su delirio cruel,  
no miró que tras de él  
otro caminando iba.

Consiguiendo ser vocal

con buena maña é influjo,

Silva tras él se introdujo

en la junta electoral.

Tocó el oculto registro

con que le habia elevado,

y fué electo diputado

cuando Luis llegó á ministro.

MARG. Mas cómo?...

FELIX. No es todo esto.

En su partido brillante

Luis dejó un puesto vacante,

y Silva ocupó ese puesto.

Hipócrita y obediente  
mientras le miró segaro,  
hoy que lo ve en un apuro  
le hace guerra frente á frente.  
Caerá Luis, él subirá  
á ese tan ansiado potrô;  
mas como él fué tras el otro,  
otro tras su huella va.  
Y le hará caer; y cuando  
piense del triunfo gozar,  
otro le vendrá á empujar  
que á su vez caerá rodando.  
Este es el mundo. El poder  
nadie goza hasta la muerte.  
¡Todos caen! ¿De esta suerte  
quién le puede ápetecer?  
Los que habeis el alma enferma  
con ese maldito afan,  
ved la historia : alli Beltran,  
Olivares, Luna y Lerma.  
Perez, que á la Europa espanta  
y es su dueño en paz y en guerra,  
no tuvo un palmo de tierra  
donde colocar su planta.  
Veráslos con sus pesares  
dó quiera que los aceches:  
pregunta si no á Loeches  
cómo murió el de Olivares.  
Si en alas de la fortuna  
Luna colmó su grandeza,  
ved rodando la cabeza  
de don Alvaro de Luna.  
Afan por llegar allí,  
lucha horrible en el poder,  
y tras esto hay que caer,  
¡porque Dios lo manda así!  
La historia con claridad  
de mostrárnoslo se encarga:  
es una verdad amarga,  
pero es una gran verdad.



## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—LUIS.

*Luis se presenta, batido en la puerta izquierda del foro. D. Félix al verlo dá un paso hácia él; pero se detiene y va á colocarse junto á la puerta izquierda. Margarita hace el mismo movimiento que su padre y se coloca junto á la puerta de la derecha. Luis dá algunos pasos hasta quedar en el centro de la escena.*  
(Pausa.)

MARG. ¡Luis!

FELIX. ¡Luis!

LUIS. ¡Ah! Pero no, no:

(*Queriendo correr hácia ellos y conteniéndose avergonzado.*)

cuanto mas grande y mas digno  
vuestro afecto, mas indigno  
de merecerlo soy yo.

MARG. ¡Luis!

FELIX. Ya apuraste las heces  
de ese cáliz deseado.

El caer te ha purificado.

LUIS. ¡Si se naciera dos veces!

FELIX. Lloroso imploras perdon  
por tu olvido... No le nombres:  
antes que todo, á los hombres  
les pido yo corazon.

LUIS. ¡Dios mio! Ya ni aun podré  
dar reparo á mis acciones;  
derrotado en las secciones  
en las Córtes lo seré.

Mañana la votacion  
me lanzará de mi puesto...

Ya no soy nada... tras esto  
aceptan mi dimision.

Ingrato con todos yo  
á uno solo protegí:  
ese, á quien tanto subí,  
ingrato me derribó;

y con datos inesactos  
quiere acusarme y perderme.

FELIX. ¿Qué dices?

LUIS. Que quiere hacerme  
responsable de mis actos.  
A una mujer mi ambicion  
me hizo dirigir la vista,  
y ufana con mi conquista  
dióme ella su corazon.  
Cuando me miró elevado  
era yo su bien querido...  
ahora, que vuelvo caido,  
ni siquiera me ha mirado.  
Hace poco, me veia  
cercado de incienso vano:  
ahora... no veo una mano  
que venga á estrechar la mia.

(Don Felix estrecha entre las suyas la mano de Luis, que baja la cabeza avergonzado, y dice despues de una pausa.)

¡Gracias! Quien tal llegó á ver,  
quien esto viene á tocar,  
¿para qué quiere mandar?  
¿para qué quiere el poder?

FELIX. Dime, Luis, si ahora pudieras  
al falso amigo perder  
y humillar á esa mujer,  
di la verdad, ¿no lo hicieras?

MARG. (¡Ay!...)

LUIS. Yo...

FELIX. En mis fuerzas confio  
y el gobierno te prometo.  
¿Vacilas? Toma.

(Tomando el pliego de manos de Margarita y entregándolo á Luis.)

LUIS. ¡Un decreto  
de disolucion! ¡Dios mio! (Con alegría.)

FELIX. (¡Infeliz!) Puedes cerrar  
la Asamblea.

LUIS. ¡Estoy salvado!  
De nuevo seré adulado...  
¡Cómo los voy á humillar!



- Voy...
- FELIX. Tente. Esta real licencia  
lee. (*Entregándole el otro pliego.*)
- LUIS. ¡Para casarme! ¡Oh!  
¡Con Margarita!
- FELIX. No.
- MARG. No.
- Con la que amas: con Hortensia. (*Haciendo*  
LUIS. ¿Pero?... (*un esfuerzo.*)
- FELIX. Indispensable es:  
todo lazo aquí se trunca.  
No quiero que digas nunca  
que obramos por interés.
- LUIS. ¡Dios mío!
- FELIX. Presente ten  
que del pliego hacer el uso  
que quieras puedes.
- LUIS. No rehusó.
- ¿El que quiera?... Este.  
(*Devolviéndoselo á D. Félix despues de un momen-  
to de vacilacion.*)
- FELIX. ¡Hijo, bien!  
(*Carlos atraviesa el foro con aire de triunfo dando  
el brazo á Hortensia y seguido de D. Facundo y otras  
muchas personas que le felicitan.*)
- LUIS. Ahora... ¡Adios! Voy á partir.
- MARG. y FELIX. ¡Luis!
- LUIS. Que huya de aquí dejad.  
Me asesina esa bondad,  
y oscuro quiero morir.
- MARG. ¡Calla!
- LUIS. A ser feliz nací,  
y el mundo ví encantador;  
un ángel me dió su amor...  
yo al ángel no comprendí.
- MARG. ¡Ay!
- LUIS. Entre delicias puras,  
que el cielo me prodigaba,  
mi vida se deslizaba  
sin pesares ni amarguras.  
Hoy vuelve á ese corazón  
mi pecho de amor henchido,

y hoy... ¡hoy todo lo he perdido  
por mi maldita ambición!

MARG. ¡Todo! (*Con firmeza.*)

FELIX. ¡Margarita! (*Suplicante.*)

LUIS. ¡Ah!

MARG. ¡Cómo el recuerdo tortura  
de ese tiempo de ventura!

LUIS. ¿Quién no lo recordará?

Cuántas veces al morir

del sol la luz postrimera

íbamos por la ribera

del fresco Guadalquivir...

y exclamábamos los dos

entre el murmullo del río:

«¡Qué gloria es amar, Dios mío!»

MARG. ¡Bendito seas, gran Dios!

LUIS. ¡Adios! Al que fué tu hermano,

y hoy tus miradas evita,

concederás, Margarita,

que estampe un beso en tu mano?

(*Margarita despues de mirar un momento á D. Félix le alarga la mano con timidez.*)

¡Me voy por siempre!

MARG. ¡Oh!

LUIS. Mi amor...

MARG. Vive en quien sabe querer. (*Con arrebat.*)

LUIS. Yo tu flor di á otra mujer.

MARG. Yo te devuelvo esa flor. (*Dándosela.*)

LUIS. ¡Oh! y he pagado en desvios

tan puro y celeste anhelo?

¡Perdon!

FELIX. ¡Gracias, santo cielo!

¡Sed felices, hijos míos!

(*Estrechándolos en sus brazos.*)

LUIS. ¡Margarita!

MARG. ¡Luis! ¡Luis! (*Fuera de sí.*)

LUIS. ¡Padre!

MARG. ¡Oh!... ¡me mata la alegría!

FELIX. Una lágrima, hija mía,

(*Con voz ahogada por los sollozos.*)

para tu difunta madre.

La lágrima que una hija



por ella en su dicha vierte,  
en el seno de la muerte  
á la madre regocija;  
y si ardiente se derrumba  
del párpado al mármol frio,  
es... la gota de rocío  
que la refresca en su tumba.

MARG.

¡Oh madre, si así me vieras!...

FELIX.

Te viera vivir sin duelos.  
Y ahora, Señor de los cielos,  
dispon de mí cuando quieras!  
En la senda del error  
lanzado por desventura,  
yo, miserable criatura,  
no conté con mi Creador.  
Cuando vi al mundo rodar  
de la ambicion al abismo,  
y miseria y egoismo  
donde quiera vine á hallar...  
Cuando grande me miré  
y eché al mundo el escarpelo,  
y al disecarle, en el suelo  
solo mentira encontré,  
la humana filosofía  
siguiendo con ansiedad,  
creí que la sociedad  
á su desquicio corria.  
Entonces, lleno de tédio,  
me encerré en mi horrible ciencia,  
y olvidé la Providencia  
no viendo á este mal remedio.  
Y era, que este mal al ver  
con escrutadora calma,  
me olvidé de que mi alma  
emanaba de otro Ser;  
de otro Ser por cuyas huellas  
caminar no nos fué dado;  
de ese Ser que ha tachonado  
el firmamento de estrellas.  
Y era, que en mi loco vuelo  
la mente no remontaba;  
y siempre al mundo miraba,

y nunca miraba al cielo!  
Y era, qué del mal en pos  
no vi de dó el bien refluye...  
Y era... ¡que el hombre concluye  
en donde comienza Dios!

FIN DE LA COMEDIA.





## POST SCRIPTUM

DE LA PRIMERA EDICION.

En la tercera página de esta obra se ha rendido un tributo de gratitud y afecto al célebre literato que no desdeñó tender una mano salvadora al jóven escritor oscuro y desconocido, que tal vez henchida el alma de amargos desengaños, y sin una esperanza que le alentase, iba á abandonar para siempre la carrera porque siempre habia suspirado, como se abandona el agua cuando la sed abrasa nuestra boca, como se abandona la luz cuando no podemos vivir en las tinieblas: resignado; pero herido de muerte en el corazon. Ingrato seria, sin embargo, si pasara en silencio lo que á otros debe; si no dijera que el señor Arjona, el artista eminente que el público aplaude una y otra noche, no contento con acogerle como un hermano, ha duplicado el escaso mérito de su comedia, dirigiéndola y ejecutando el difícilísimo papel del protagonista con un acierto de que hay muy raros ejemplos en nuestros teatros; si no dijera que la Sra. Lamadrid ha divinizado á MARGARITA; como diviniza cuanto toca; si callara que el Sr. Calvo ha hecho en el DON FACUNDO una verdadera creacion, superando con mucho sus mas ardientes deseos; que el Sr. Ossorio, con un tino poco comun, ha dado el conveniente colorido á un carácter complejo, cuya dificultad en la ejecucion es de todos conocida; que la Sra. Rodriguez y el Sr. Tamayo, representando figuras de segundo término, han sabido



colocarse muchas veces en primero ; en fin, que el éxito de la obra en las quince veces que hasta el día en que se escriben estas líneas se ha representado, éxito tan superior á cuanto el autor pudiera imaginar, tanto como que á él se debe á los actores. Mucho temia que una comedia de trama tan sencilla por la naturaleza de su género, y que quizás es el primer ensayo de él, en la que se atacan de frente muchos de los vicios de la misma sociedad que habia de oirla, no diera un resultado muy lisonjero. Cuando así pensaba hacia una injuria á los que habian de ponerla en escena.

Tal vez alguno tache de adúladora esta espresion de sus sentimientos, que el autor se complace en hacer pública. El que esto crea, ó será muy dichoso, y debiéndoselo todo á sí mismo, no habrá podido comprender lo que es agradecimiento, ó muy desdichado y digno de lástima, porque para llamar adulacion á la gratitud se necesita tener cerrada el alma á todos los afectos nobles y santos.

7 de Febrero de 1853.